

Departamento
Académico de
Humanidades



UNIVERSIDAD
DEL PACÍFICO

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Antología
(Agosto - Diciembre, 2023)

Cesare Del Mastro
Editor



Índice

Prólogo9

Primera Sección: Poesía

“El sol brincó en el árbol.
Después todo fue pájaros”
Reescribiendo a Martín Adán

Sol (Martín Adán)21

Greysi Bermeo

“Su lágrima rozó el borde”22

Bruno André Herrera

“Tu piel besó la arena”24

Fredy Morales

“Las agujas desafiaron tu lealtad”25

Liz Rodríguez

“El céfiro embistió el jardín”26

Sandra Valdez

“El sol se sumergió hasta el ombligo”27

Greyss Villano

“Él me invitó a bailar”28

“Si el hombre pudiera decir lo que ama”
(Luis Cernuda)

Greysi Bermeo
“qué guardas en aquel baúl tuyo”31

Michelle Clever
“Cómo no pensarte”33

Francesca Chocano
“Elegir a alguien”34
“Eco”35

Cesare Del Mastro
“Arbre”36
“Árbol”38
“Il neige”40
“Nieva”41
“Si tu t’appelais Novembre”42
“Si te llamaras Noviembre”43
“Quai”44
“Muelle”45

Antonio Guillén
“Poema VI”46
“Poema VII”48
“Poema IX”49
“Poema XV”51

Luis Kadena
“En mi penumbra”52

Walter Olivera	
“Va y ven”	53
Nuez M. Oscada	
“22:34”	54
“Involución”	56
“Mármol / Granito”	58
Jessica Roalcaba	
“Cerebro”	60
Manuel Rodríguez	
“A una amiga que no conocí”	62
Marx Rojas	
“Las brisas y el piscomar”	65
“La itis”	66
Delia Ruiz	
“Mañana umbrática solfeó silencios”	67
Paolo Torres	
“Tu mirada lo mismo que me mata”	68
“Viven en nosotros innúmeros” (Fernando Pessoa)	
Minerva Capcha	
“Luz de luna”	71
Ángel Choquehuanca	
“Camino” y “Black cat”	73

Cesare Del Mastro	
“Comme Zénon devant le bel et triste enfant”	74
“Como Zenón ante el bello y triste niño”	76

Manuel Enríquez	
“la nieve marina”	78
“Soy un gato”	79
“tumor” y “peste negra”	81

Daniela Vilela	
“Hermana”	82

Segunda Sección: Cuento

Ficción histórica

Antonio Guillén	
“Senderos de abolición”	87
“Recesión”	93

Lo fantástico latinoamericano

José De la Rosa Santisteban	
“Dilema cíclico”	97
“Vida realizada”	101

Manuel Enríquez	
“Paracas Cavernas”	105

Luis Kadena	
“La Ley del Finalista”	112

Jesús Najarro
“La voz amiga”117

Nuez M. Oscada
“Draconianas”121

Utopía, distopía

Camila Caballero
“El pequeño Berjit”131

Minerva Capcha
“Epopéya del año 2101”137

Zuleyde Castro
“Semillas de esperanza”146

Bruno André Herrera
“The incognito poker star paradox”154

Varia

Bruno André Herrera
“Entre la J a la X”165

Frank Paiva
“Buenos días bonita”170

Ángel Patricio Poma
“La mosca”173

Sandra Valdez
“La casa de Amanda”175

Tercera Sección: Artículo de opinión

Ana Sofía Buendía
“¿Son adecuados los exámenes actuales de
admisión?”185

Ethan Calcina
“El autor del futuro, ‘AI Generated’”189

Manuel Enríquez
“La mano dura”194

Prólogo

En su novela *El niño azul*, el escritor belga Henry Bauchau narra el momento en el que el joven Roland entrega a su psicoterapeuta el retrato que él ha dibujado de su padre: “Es para ti. Es un retrato de mi padre”. Al recibirlo, Véronique constata que, si bien no se trata aún de un retrato en sentido estricto,

“[...] hay allí una misteriosa evocación de la muerte de su padre. Es un enmarañado conjunto de pesadas líneas y manchas de tinta negra que sugiere innegablemente el sufrimiento producido por algún oscuro acontecimiento. Es el testimonio de una inmensa, incomprensible tristeza, la que le ha impedido avanzar durante tanto tiempo. Roland, tan sensible a los colores, ha podido con un poco de tinta expresar la muerte en un trozo de papel, que me ha entregado tal vez para que yo comparta su dolor.”

¿Cómo describir el impulso que ha llevado a los estudiantes que publican aquí sus poemas, cuentos y artículos de opinión a compartir sus textos con otros? Sobre todo si pensamos que la sensibilidad por las palabras se experimenta, más bien, en la soledad en la que cada existencia singular dispone, sobre un trozo de papel, esa mezcla de padecer y de actuar que es su vida misma.

Subrayemos, entonces, antes de evocar ninguna publicación —y, por lo tanto, público alguno—, el gesto inverso del que proviene todo escrito creativo. Como explica el filósofo Michel Henry, si cada viviente se experimenta atado a sí mismo bajo las tonalidades afectivas del sufrimiento y el gozo, de este peso del *pathos* de la vida surge la necesidad de una descarga. En la tinta negra cada uno hace resonar la masa informe de los acontecimientos oscuros que, al irrumpir como pulsión hacia la escritura, desarman todas nuestras seguridades. Espacio, pues, solitario y libre en el que, despojados de todo ropaje institucional y limpios de todo cálculo político, podemos ser, quizá, más que en ningún otro, nosotros mismos. Algo hay, en la creación literaria, de la desnudez del emperador Adriano ante su doctor: “es difícil seguir siendo emperador ante un médico, y también es difícil guardar la calidad de hombre”. Y, al mismo tiempo, algo de la identidad radical entre quien sufre y la palabra de su sufrir, cuando los enmarañados trazos en el papel en blanco apuntan a un horizonte imperioso de verdad:

“Pero ¿quién me dará la respuesta jamás usada?
Alguna palabra que me ampare del viento,
alguna verdad pequeña en que sentarme
y desde la cual vivirme,
alguna frase solamente mía
que yo abrace cada noche,
en la que me reconozca,
en la que me exista.” (Alejandra Pizarnik)

Sin embargo, en la misma novela de Marguerite Yourcenar cuya lectura acompañó durante este ciclo nuestro “Taller de escritura creativa” —*Memorias de Adriano*—, el Emperador romano reconoce que, si bien le costaría mucho vivir en un mundo sin libros, “la realidad no está en ellos, puesto que no cabe entera”. En efecto, en la honesta soledad de la que provienen, los textos reunidos en este pequeño volumen están, simultáneamente, habitados por una realidad que los precede, que ellos reconfiguran y que los sucederá. Poblados, no únicamente por las figuras de la pasión y los espacios de ficción nombrados en los poemas y los cuentos mismos —tú deseado, abuela, hermana; pero también árbol, polilla, amígdala, Ofiuco, Urpikuri, Alex, el pequeño Berjit, Paracas, la casa de Amanda o Neura Connect—, sino por las huellas estilísticas y temáticas de los poetas y los cuentistas que los jóvenes autores de esta antología frecuentan.

Así, conscientes de que solo escribe y encuentra su propia voz quien es, ante todo, un buen lector, hemos organizado las dos primeras secciones de este libro en función de dichas huellas.

Tres partes componen la sección *Poesía*. En la primera, seis poetas reescriben el poema “Sol” de Martín Adán; para ello, toman como punto de partida los versos “El sol brincó en el árbol. / Después todo fue pájaros”. Siguiendo la estructura “Artículo... verbo en pretérito perfecto... /

Después... verbo en pretérito perfecto”, buscan explotar los significados sensoriales, imaginativos y afectivos de las palabras asociadas al recuerdo de una escena específica como la evocada por Martín Adán. En la segunda parte, a la luz de los versos de Luis Cernuda “Si el hombre pudiera decir lo que ama”, trece poetas sugieren la manera como la presencia y la ausencia del cuerpo deseado perturba al yo, y lo convoca al gesto mismo de la escritura desde, en, para y contra el otro. La experiencia erótica es representada como goce y quiebre, celebración y ruptura, penetración en el misterio del amado y choque con los límites de su alteridad: abismo, en la carne, entre la intensidad del deseo y la insulsa respuesta de la realidad. En la tercera parte, la pregunta sobre la propia identidad —¿quién soy?, ¿quiénes somos?— se disgrega en un abanico de posibilidades insospechadas, pues el yo poético se efectúa a través de las mediaciones simbólicas que le procuran la luna, el gato, el neonato, la madre-padre, la nieve marina, el tumor y la hermana. Por ello, abre esta última parte el verso de Fernando Pessoa “Viven en nosotros innúmeros”: “hay más yos que yo mismo”.

Los relatos breves que integran la sección *Cuento* están distribuidos en cuatro partes que siguen la estructura básica de la narración: inicio (estado inicial del mundo), conflicto (evento que altera el estado inicial del mundo, y lanza al protagonista a la difícil consecución de un objeto en lucha con el antagonista) y final (desenlace que nos presenta un

nuevo estado del mundo). En las dos primeras partes —“Ficción histórica” y “Lo fantástico latinoamericano”—, seis narradores llevan la clara marca del realismo urbano de Julio Ramón Ribeyro, así como de la irrupción de lo fantástico en el seno de la cotidianidad propia de Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, pero con elementos novedosos que reformulan el imaginario colectivo peruano. Se dan cita, así, el racismo de Ramón Castilla, las trepanaciones craneanas en Paracas, las exploraciones de El Dorado, y figuras de la cosmovisión andina como el Apu y el Amaru. En la tercera parte —“Utopía, distopía”—, cuatro cuentistas se dejan interpelar por dilemas socio-políticos y éticos de actualidad, tales como las nuevas formas de autoritarismo, la tecnología y el mundo virtual. Nos ofrecen, de esta manera, relatos distópicos y de ciencia ficción en los que imaginan sociedades futuras cuyo potencial humano se presenta, al mismo tiempo, como prometedor e indeseable. En “Varia”, cuatro narradores proponen cuentos que van del retorno a las aulas después del confinamiento pandémico y la importancia del saludo cotidiano, a nuevas propuestas de thriller.

En la última sección del libro —*Artículo de opinión*—, tres estudiantes abordan los polémicos temas de los exámenes universitarios de admisión, el uso de la inteligencia artificial en el periodismo y el anhelo del retorno a la “mano dura”. En los tres casos, los autores consiguen explicar con claridad

los argumentos a través de los cuales se fundamentan las diferentes posturas. Lejos de la polarización que suele marcar estos debates, en estos artículos se apunta al difícil pero necesario espacio de vasos comunicantes entre el reconocimiento de la complejidad de un problema, la capacidad de escucha de las posturas contrarias, y la toma de posición inteligente y bien fundamentada: una postura que no olvida la importancia de los matices y que, con actitud filosófica, sabe, humildemente, no solo que no sabe, sino que las cosas siempre pueden ser pensadas de otro modo.

Habiendo recorrido brevemente el contenido de esta antología, la pregunta inicial vuelve: ¿qué nos ha movido, durante el ciclo que concluye, a compartir la expresión literaria de nuestro dolor, de nuestro gozo y de nuestras inquietudes con otros, ya no solo en el marco de nuestro “Taller de escritura creativa”, sino con un público más vasto a través del libro que tenemos entre las manos? El acto de escribir, decíamos, es solitario y poblado. Esto último, porque se agolpan en la sensibilidad y en la inteligencia de quien escribe rostros y lecturas previas, pero también debido a que, así como construye su voz poética o narrativa, el autor imagina a su lector como el receptor ideal de aquello que escribe. Aunque no se trate de un proceso explícito o consciente, en dicho lector piensa el escritor; el receptor interno al texto tiene, en consecuencia, un papel fundamental en el

proceso de la configuración poética y narrativa. Además, se escribe siempre, así como se habla, en un movimiento que no solo proviene del otro —y de lo otro— sino que es dirección hacia el otro. A este otro hemos entregado, a lo largo de estos cinco meses, nuestros poemas, cuentos y artículos de opinión para compartir las refiguraciones de nuestro dolor y nuestro gozo, así como los mundos que imaginamos para, por medio de ellos, relanzar nuestra acción en el mundo como apertura de posibles siempre nuevos y transformadores.

Como me dijo uno de los integrantes del “Taller” a quien el lector encontrará en las tres secciones de este libro, hay aún mucho camino por recorrer, pero este ha sido un bonito comienzo, que extendemos a todos los potenciales lectores de esta antología en la que, además del español, encontrarán algunos poemas en francés y un cuento en inglés. Ojalá estemos ante lo que podría ser el inicio de un canal de comunicación y difusión, a un público cada vez más amplio, del trabajo de escritura poética, narrativa y argumentativa que realizan los talentosos estudiantes de las diferentes facultades de la Universidad del Pacífico.

Concluyo estas líneas con un agradecimiento especial a mis colegas del Departamento Académico de Humanidades por haberme motivado a proponer y a acompañar nuestro “Taller de escritura creativa”. Agradezco también el apoyo incondicional de la Asociación de estudiantes

“Galería UP”, en especial a José Antonio Amable y a Gonzalo Romero, a quienes debemos no solo la difusión de todas las sesiones del “Taller” a través de sus redes, sino la publicación de este libro. Finalmente, y sobre todo, agradezco a aquellos sin quienes este proyecto no se hubiera podido llevar a cabo: los estudiantes de la Universidad del Pacífico que han participado, como escritores y como lectores, en nuestro “Taller”, espacio universitario para el despliegue creativo y crítico, inteligente y sensible, de una palabra a la vez singular y múltiple, libre y habitada.

Cesare Del Mastro

Primera Sección

Poesía

“El sol brincó en el árbol.
Después todo fue pájaros”

Reescribiendo a Martín Adán...

SOL

El sol brincó en el árbol.
Después todo fue pájaros.

Lejos, aquí, llovía
el cielo de tus manos,
un cielo pequeño,
profundo, solitario.
Hora todo es distancia,
ceguedad, aletazo.

El sol tiene en el árbol
inquietudes de pájaro.

(Martín Adán)

Greysi Bermeo
(Facultad de Ingeniería)

Su lágrima rozó el borde.
Luego todo fue barranco.

Al pie de la grietosa pendiente
un campo de heraldos y claveles
recoge los escombros,
mientras colibríes aletean
y se posan sobre tu lágrima.

Oh, frágil gota de rocío
cuando al borde llegas
el borde tiembla.

Cae la última,
luego todo es barranco.
Si el río cruza serpenteado
todo se lleva.

Fugaces criaturas
en su repentino vuelo
el rocío llevan al ras
de sus alas.
En el viento
se desprende el suelo.

Al atardecer
pétalos caídos
marchitos quedan.

Escombros anuncian el anochecer
cuando a la vuelta
el amanecer espera.

Bruno André Herrera
(Facultad de Ingeniería)

Tu piel besó la arena.
Luego, a enigma supo el mar.

En esta playa enferma
Bien llamada soledad
Rompe en rabia tu marea,
Agua pura al paladar.

Ríes ríos en la vuelta
Riegas conchas al pasar
¿Cuánta sal tolera el gusto?
Inúndame, ola intensa
Enséñame a nadar.

Fredy Morales

(Facultad de Economía y Finanzas)

Las agujas desafiaron tu lealtad inquebrantable.
Luego, el pasado se adueñó del presente.
La esencia de aquel lugar sucumbió
ante la vastedad implacable del destino,
Las raíces de mi frondoso árbol ya son solo
un tierno céfiro para las hojas venideras.

En unos segundos, el azar convino en tejer una vez
más el tapiz de memorias que invadían tiernamente
el alma. No distaba mucho de los que tú hacías,
muy refinados, pero con fibras inalterables.

Y aunque los hilos parecían rebelarse ante tu
ausencia, quedaron reducidos ante la
magnanimidad de tu obra. Esas cálidas caricias
habían moldeado formas que resistían la crueldad
del movimiento de las cobardes agujas.

El invulnerable tejido se sometió obedientemente a
las órdenes de su venerada creadora. Tiempo
después, algunas costuras parecían inquietarse: el
tejido había decidido expandirse. Aunque, como
era previsible, las costuras ya estaban preparadas
para ascender a artesanos que ahora tejen en un
proceso finito suspendido a la voluntad infame de
las agujas. Pero con telas que desprenden, siempre,
alguna fibra de la creadora primera. Y que vencen
la sádica y ridícula melodía de las agujas.

Liz Rodríguez
(Facultad de Ingeniería)

El céfiro embistió el jardín.
Después el íntegro prado
se asfixió de pétalos.

Distante, acá, inundaba
el océano de tu mirada,
Un océano profundísimo,
azul, misterioso.
Ahora todo es frialdad,
humedad, podredumbre.

El céfiro guarda en el jardín
obsesión de pétalos.

Sandra Valdez

(Facultad de Ciencias Empresariales)

El sol se sumergió hasta el ombligo
E incendió el mar con sus rayos.
La luz rebotaba en las olas
Cegando ojos a su paso.

Recuerdo como si ayer
Hubiera nadado en sus aguas,
Sin aire, pero en casa,
Iluminada por el incendio,
Abrazada por sus mareas.

Hoy el sol se oculta tras nubes negras
Y sombras inundan la vieja ciudad
Ciega, quemada y asfixiada,
Sin un mar al que culpar.

Greys Villano
(Facultad de Ingeniería)

Él me invitó a bailar.
Después todo fue rosales.

Los rayos de luz al amanecer
Evocaron el final del baile,
O el inicio de este verso interminable.

En la plenitud de la noche un antes y un después.

Ella deseaba solo el silencio
Que emana del brillo de sus ojos.

Él la escuchó
Y Ella comprendió
 En breve el amor.

“Si el hombre pudiera decir
[lo que ama”

(Luis Cernuda)

Greysi Bermeo
(Facultad de Ingeniería)

I

qué guardas en aquel baúl tuyo
no lo sé.
si en el mapa que escondiste, ese
que a-penas vi cuando
hilvanabas con hilos de seda
ríos, lagos y quebradas,
esos que debiera cruzar
quien al encuentro
del tesoro tuyo
quisiera llegar.
te pregunté un día
—en él me quedé—
no sé cuándo, no sé dónde,
ni por qué.

II

preguntaste qué sabe el lector
de las penas
y es cierto, nada sé pero
tampoco el escritor.
sí esto: ya no
quiero tu tesoro.
en el mapa mío,
el que yo perdí

el día que olvidé,
allí lo encontraré.

III

entonces ya no sentirás
ají, vinagre, sal.
ya no te arderán las venas
porque ríos, quebradas y lagos
corren estancados
si no, pregunta a *Petrus*
a Pilato o a Juan
del silencio, la condena,
la fidelidad.

Michelle Clever
(Facultad de Ingeniería)

Cómo no pensarte

Con ese tango acompasado
Sola, pero tan acompañada.
Pienso en ti, en por qué te pienso.
Claro que te pienso, te pienso con recelo.
Te pienso con amor, con angustia,
pensando en que solo yo te pienso.

Francesca Chocano

(Facultad de Derecho)

Elegir a alguien

Elegir a alguien: un contrato singular,
un buceo taciturno, el clavado crucial.
Largo laberinto azul profundo,
abismo de buscar y bucear
bucear y buscar,
a menudo naufragar.

Pero a veces uno emerge
y sin darse cuenta: descubre
(o es descubierto)
“¿Es esto lo que quiero?”

Y uno acepta una copa, luego tres,
una película de poco interés.
Y un día se encuentra
nadando sin ahogarse,
haciendo planes
cada fin de semana.

Y un día te das cuenta de que
si el tacto es como el agua,
sus mimos deben ser el mar.
Y que nunca buscaste a
esa persona,
pero eso no importa,
porque ahora la eliges.

Eco

Creo que escucho tanto a Drexler
porque te escucho a ti en sus letras.
Como un eco
de todo lo que dijiste,
pero, sobre todo,
de todo lo que no.

Y aún nos veo
en nuestra estación
y nuestros restaurantes,
en tu antigua casa.
En los principios, en el detalle
y en la poesía.
En las calles de Lima y
en la pregunta
¿Dónde te llevaría?
en una próxima cita.

A veces se siente como si todo
fuese sobre ti,
aun sin tu nombre.
Como este poema
y aquellos de las últimas noches.
Como si estuvieses en cada
te amo,
te extraño,
te todo.

Cesare Del Mastro

(Departamento Académico de Humanidades)

Arbre

Parvenir à ma nudité
À en mourir du bleu qui me dessine
Sur le fond noir de la nuit
Du vent
Grimper sourdement
Vers toi
Me dissoudre en toi
Être cette branche
Inlassablement tendue
Suppliante
Rien que cet arbre nu
Rien que ces branches nues
Rien que ces racines dévoilées
Sur l'ivresse d'un ciel ouvert
Dont je suis l'esclave
Tu auras ainsi décortiqué chaque particule de mon
[tronc
Jusqu'à ce que son désir épouse ton fond bleu noir
Immense
Clair
Qui le nourrit
Qui le tue
Ne rien sentir d'autre
Que le rythme lumineux du vent
Dont tu te sers pour me façonner
Ne rien faire entendre d'autre

Que ce cri de l'eau
Dont la sève silencieuse effleure tes pieds
Tu m'auras délivré des mots
Des masques
Je meurs d'envie de toi
Sur ton ciel
Vers ton ciel
En ton ciel
Je te désire
Vagues de mes bras épuisés sur tes rives
Nudité de branches infinies
Désespérées
Je suis nu.

Árbol

Alcanzar mi desnudez
Morir del azul que me dibuja
Sobre el fondo negro de la noche
Del viento
Escalar sordamente
Hacia ti
Disolverme en ti
Ser esta rama
Sin descanso tendida
Suplicante
Solo este árbol desnudo
Solo estas ramas desnudas
Solo estas raíces reveladas
Sobre la embriaguez de un cielo abierto
Del que soy esclavo
Tú habrás así seccionado cada partícula de mi
[tronco
Hasta que su deseo sea tu fondo azul negro
Inmenso
Claro
Que lo nutre
Que lo mata
Solo sentir
El ritmo luminoso del viento
Del que te sirves para darme forma
Solo hacer oír
Este grito del agua
Cuya savia silenciosa roza tus pies
Tú me habrás liberado de las palabras
De las máscaras

Muero de deseo de ti
Sobre tu cielo
Hacia tu cielo
En tu cielo
Te deseo
Olas de mis brazos agotados en tus orillas
Desnudez de ramas infinitas
Desesperadas
Estoy desnudo.

Il neige

Si tes mots pouvaient s'arrêter là où nos yeux disent le contraire de tes phrases.

Si je pouvais voir neiger sur toi dans cette forêt humide. Et une fois ton corps blanchi, rester accroché à tes branches comme de la pluie solide tenant au sol.

Si je pouvais neiger vers toi.

Nieva

Si tus palabras pudiesen detenerse allí donde nuestros ojos dicen lo contrario de tus frases.

Si pudiera ver nevar sobre ti en este bosque húmedo. Y una vez tu cuerpo blanquecino, permanecer aferrado a tus ramas como cuando sólida la lluvia se rinde al suelo.

Si yo pudiese nevar hacia ti.

I

Si tu t'appelais Novembre
Loin de l'attente de l'été austral
Ici
Né en toi à tous les hivers du monde

Berceau de ton corps transparent
Pur retentissement d'un air froid
Tu m'engendres

Comme du feu éparpillé sur l'eau
L'enfant jaune orange gravit tes branches
Feuilles dont la dispersion apaisante est toujours
Déjà
Retour à ton ventre automnal

Lorsque la lumière se fait discrète
Le soir
À Bruxelles ou à Paris
Novembre accouche de celui qui t'aime.

II

Ne pouvant pas accueillir
L'unité verticale du cri des forêts
Sur tes racines je suis
La procession orpheline des feuilles nomades

N. ramasse les membres de mon corps d'enfant
Pour habiller la chair nue des arbres.

I

Si te llamaras Noviembre
Lejos de la espera del verano austral
Aquí
Nacido en ti a todos los inviernos del mundo

Cuna de tu cuerpo transparente
Puro eco de un aire frío
Tú me engendras

Como fuego esparcido sobre el agua
El niño amarillo anaranjado trepa tus ramas
Hojas cuya suave dispersión es siempre
Ya
Retorno a tu vientre otoñal

Cuando la luz se hace discreta
La noche
En Bruselas o en París
Noviembre alumbra al que te ama.

II

Sin poder acoger
La unidad vertical del grito de los bosques
Sobre tus raíces soy
La procesión huérfana de las hojas nómades

N. recoge los miembros de mi cuerpo de niño
Para vestir la carne desnuda de los árboles

Quai

L'aile du soir
déploie
dans tes cheveux d'oiseau
les branches vers lesquelles se tournent
mes yeux d'enfant.

Au gré de tes doigts
des barques sillonnent mes veines.

Muelle

El ala de la noche
despliega
en tus cabellos de pájaro
las ramas hacia las que se vuelven
mis ojos de niño.

A merced de tus dedos
barcas recorren mis venas.

Antonio Guillén

(Facultad de Ciencias Empresariales)

POEMA VI

Te amo mi eterna compañera de vida,
mi confidente y aliada en cada paso del camino,
te amo como la estrella guía en mi partida,
que ilumina mis días y mis sueños define.

Te amo como a los niños, seres de esperanza,
con su inocencia y risas, mi mundo se ilumina,
gracias a tu amor, mi alma en júbilo,
como flores primaverales, brota y germina.

Te amo sin entender cómo ni cuándo,
te amo sin artificios, con honesto ardor,
pues así es mi amor, sin pretensiones, avanzando,
esta pasión sincera, sin medida ni dolor.

Tuyo soy, y mía eres, compañía en el fulgor,
tan cerca que en mi pecho tu cabecita halló morada,
y al cerrar los ojos, en tus sueños te enamoras,
al escuchar mis latidos, susurrando tu nombre, sin
[cesar.

Eres mi brújula en la jornada incierta,
mi faro en el océano de la vida,
juntos en la danza, sin pausa, sin tregua,
nuestro amor florece, un edén compartido.

Así, entre risas de niños y estrellas guías,
caminamos juntos, en este sendero divino,
te amo en cada instante, en mil alegrías,
contigo, amor, soy el ser más genuino y dichoso.

POEMA VII

En el jardín secreto del alma mía,
donde los sueños florecen en silencio,
cultivo pensamientos con poesía,
y en letras de amor, forjo mi credo intenso.

Mi táctica es plasmarlo en el viento,
que lleve mis palabras con sutileza,
acariciando tu piel, suave aliento,
y que lleguen a ti con dulce promesa.

Mi táctica es pintar con mil colores
el paisaje de nuestra complicidad,
en lienzo de afectos y sin temores,
construyendo un universo en realidad.

Mi estrategia es entregarme a la vida,
con corazón abierto y alma en vuelo,
cada día es una eterna bienvenida,
para volver a ti, sin más recelo.

Así, con pasión y esperanza viva,
se entreteje nuestro destino sincero,
hilando amor con hebras compasivas,
nuestro sendero único y verdadero.

En cada verso escrito con pasión,
te entrego mi esencia, mi ser entero,
y anhelo que en algún dulce rincón
tu corazón, un día, sea mi hogar sincero.

POEMA IX

En el reloj de sueños y desvelos,
sus horas se entrelazan con mi alma,
mientras ella, estrella de brillo radiante,
se sumerge en mi ser y me embriaga.

Oh, reloj, detén tu tic tac inquieto,
la cordura se desvanece en mi razón,
ella, fugaz como un suspiro perfecto,
se alejará llevándome en su adiós.

Una noche eterna nos aguarda, amor mío,
para danzar en este idilio sin fin,
en el santuario de sus brazos somos río,
y recuerdo que el tiempo es un confín.

Detén tu andar, reloj, oh artífice divino,
sin su luz, mi vida se vuelve cruz,
ella es estrella que alumbra mi camino,
sin su amor, mi ser yace sin luz.

Retén el tiempo, en tus manos benditas,
que la noche eterna sea nuestra realidad,
que ella jamás de mi vida se desdiga,
y el alba no perturbe nuestra intimidad.

Oh, reloj, calla tu danza impaciente,
mi ser se desvanece en su querer,
cual estrella resplandeciente,
ella es el sol que aviva mi ser.

En tus manos, tiempo, mi destino queda,
cada segundo se vuelve eternidad,
que la noche cómplice sea nuestra senda,
donde su amor y el mío sean complicidad.

Reloj, en tus manos descansa mi destino,
unidos en la danza del amor y el tiempo,
como Benedetti soñó en versos divinos,
mi corazón palpita, enamorado y pleno.

POEMA XV

¿Qué significa mi existencia, amor, si no se siente?

Dime, ¿qué sentido tiene, candente corazón?

Si no estás tú presente, mi resplandor, mi hontanál

Tú eres mi razón, mi esencia, mi poesía latente.

Sé que en el amor no habita el temor, es la verdad,

El perfecto amor destierra toda ansiedad en

[realidad

Sé que el temor conlleva un peso, una tempestad,

Pero en tu amor, el miedo se desvanece, mi

[serenidad.

Cada latido, cada aliento, con pasión sincera,

Lleva tu nombre en mi pensamiento, el verso

[encendido.

Dime, ¿qué sería de mí, mi amor, mi compañera,

Sin ti, mi anhelo sin fin, mi razón de ser, mi estrella

[sincera?

Luis Kadena

(Facultad de Ciencias Empresariales)

EN MI PENUMBRA

En mi penumbra, te veo
no sé de dónde, pero te siento;
En mi pena, te imagino;
siempre es así, aunque no te consigo.

Fantaseando con locura
pido tu presencia puntual por aquí, pero no;
Deseoso de traerte
aguanto con ansia harta al milagro, aunque nunca.

Me cansé de esa imagen,
esa mesa con sillas vacías,
Comiendo hambriento e inerte
sin ingrediente especial, en mis últimos días.

Walter Olivera

(Facultad de Economía y Finanzas)

Va y ven

En la ausencia, tu esencia reverdece,
en cada recuerdo, en dulces aromas danza.
Añoranza perenne, melodía en el alma,
amor eterno, estrella que avanza.

En la danza del amor y la traición,
pasión y engaño, en sutil vaivén.
Mi ser oscila entre anhelos y aflicción,
entre deseos y heridas, un enigma en vaivén.

Quiero verte dañado
roto
ido.

INVOLUCIÓN

Se retraen.
Las polillas que buscaban fenecer
han renacido.
Contraen
capullos de hialoidea, mi guarida.
Prevenida contra un solo aparecer.

No soy sincera.
Para ella será fácil incubarse
en las filosas barreras que he cosido.
Lo sería. Pese a distraer con las roturas del vestido
que te dije
que llevé.

He mentido. Es muy fácil deslumbrarse.
Puedo hablar de mi color agusanado
en el retazo que nunca sanó.

Me pregunto cuántas cosas me han comido.
Me pregunto si es que me he acostumbrado
a la saliva y las líneas empapadas
en la tela.
O si es que ella tal vez me extrañó.

Fue otra persona. Fue una que no supo desvestirme,
y que a tijeras me deshilachó.
Zas, los horrores.
Zas, qué hora es.
Y yo qué sé, llegó otra noche.

Habrá que ver si confundí el oscurecer
con su partida.

No fuiste tú. Tienes salida
en la medida que he bloqueado
el adentrarte en la espesura de mi piel.
He de negarte el recorrer
de mis costuras.
Hay otras nuevas.
Hay otras limpias.

Puedo besarte.
Mas no se debe hacer debajo de un mantel.
El presionarte
hacia confines de roturas, de cordel
o hacia el desvelo
es lo que temo.
En mi futuro las criaturas no echan vuelo,
ellas caen.

MÁRMOL / GRANITO

Te he escrito
tan pocos poemas, tan novicias mechas
he apagado.
En un tema inusitado
te he guardado. Sin tino inicias piromancia
y la faena
de desalinear al frenesí.

...de querer amar lo carmesí
en la hendidura de esa lengua
que no frena.

Y dime, ¿en serio debo conocerte?
Te he creado del modo más perfecto, de granito.
¡Mirad,
qué insulto tan bendito!
Y qué ironía.
...Y vaya opción tan fría
a decir lava.

Igual, toda temperatura me socava
y yo me niego.

Y yo
te he escrito
tan, tan pocos poemas.

Son tantas las fechas
en que he volcado hacia una zanja de vapor
cada morfema.

Y las palabras, hechas, no han quedado.
Han perdido todo sólido y clamor.
Pero, ¡piedad!, el líquido se drena.

Y dime, entonces,
¿Está bien que piense mantenerte
llorando por ver el exterior?
Me he desquiciado con pensarte
sin un grito
que desecha
 todo amor
 que me detona.

Fue uno,
un grado
 y tú fundiste mi persona
y un poema
que había odiado, sin sospecha.
Todo se ha convertido
 en mar naranja.

Jessica Roalcaba

(Facultad de Ciencias Empresariales)

Cerebro

Me has ayudado tanto;
debes estar muy gastado y estresado,
tantos pensamientos e ideas.
Dime cómo te puedo ayudar y complacer.
Si te duele algo, avísame que yo estoy aquí,
Perdóname por no haberte notado antes.
Razón y Locura, Hemisferio Derecho e Izquierdo.
Recuérdame bien con tus conexiones en cada
[espacio cerebral,
Dueles menos cada día y me expandes más.
No me hagas creer que ser solitaria está bien
y conformarme con menos de lo que creo merecer.
Por qué juegas contra mí si al ganar ganamos
[ambos.
No me distraigas de lo importante por un pasado
que se fue con el viento,
No me aflijas con un futuro que no deseo porque
soy quien construye este presente,
No me digas qué hacer: la razón no es buena señal
si no conduce a mi paz,
No odies cada parte que no quiero de mí porque
estás siendo cruel.
Ámate y Ámame que soy quien dirijo
y nunca he cedido o cederé a menos de lo que
[pienso.
Estás conmigo y soy quien decido,

y decido que descanses hoy y mañana.
Quién sabe pasado mañana.

Manuel Rodríguez

(Facultad de Derecho)

A una amiga que no conocí

No te conozco, no realmente, pero me hubiera gustado conocerte. Solo conozco la sonrisa de tus palabras, la voz de unos emojis, y el brillante color rosa de un chat. A pesar de eso, siento que hicimos clic, en todos los sentidos de la palabra.

Cuando te conocí, seguía detrás de mi primer amor. Dicen que ese es el que nunca se olvida, pero es el único que yo he olvidado. Por ella me sometía a las más divertidas humillaciones, y urdía los más elaborados planes. A ti no trataba de impresionarte. Las palabras que enviaba casi a diario, luego menos, las pensaba y las repensaba menos. No sentía que fueras una meta.

Fuimos amigos, eso no lo dudo. El fondo blanco y los cuadros de texto no hicieron menos real nuestra amistad, pero, amiga, qué poco nos conocimos. Las conversaciones profundas son raras a los trece, es cierto, pero no tengo excusa para nunca haber escuchado tu voz, para haber dejado ganar a mi timidez y a la rutina por todos esos años.

Para conocerte oportunidades no me faltaron. Los pocos pasos que separaban nuestros salones se transformaron en kilómetros de planes desechados,

tus retornantes recuerdos silenciados. Solté tu mano en esa fiesta, ¿o será que tú soltaste la mía?, y cruzamos miradas fugaces, sí, pero no menos memorables.

Realmente no sé por qué dejamos de hablar. ¿Será que nuestra amistad cumplió su ciclo? Luego de un tiempo me dije que fuiste una oportunidad perdida, una ilusión adolescente propia de las novelas románticas que leía y veía en el papel y en la tele. Me enamoré de otras personas, cambié muchas cosas en mi vida y, en fin, viví mi adolescencia.

Pero ¿por qué no te olvidé entonces? Por qué continuaron esos saludos por Navidad y Año Nuevo durante tres años, siempre preparado para que no respondieras, y por qué no te escribía algo, un saludo al menos, después de que lo hacías. Por qué no te conté todo esto la última vez que te escribí, en lugar de ese torpe intento de despedida, como si nos conociéramos aún menos de lo que lo hicimos. La verdad, amiga, es que ni tú ni yo quisimos conocernos. Nos excusa la indiferencia de nuestros trece años, el desinterés de nuestra inmadurez adolescente.

Tal vez me conformé con el rol que le asigné a tu memoria; cuando aparecía en algún pensamiento disperso, le agradecía con una fugaz sonrisa. Siempre retornante, confiable y dulce remanente, pero épica, racional y motivadora cuando protagonista de sueños novelescos. Sueños soñados

con los ojos abiertos, con soles abrasantes o gélidos
inviernos bajo la celestial panza de un burro tres
veces coronado.

¿Te quise a ti o a tu recuerdo? Amiga desconocida,
amor imaginario, musa de mis primigenias e
incongruentes historias. Recuerdo perseguidor al
que nunca quise soltar y esperanza que no quiso
soltarme. ¿Puedes sobrevivir a la razón, al tiempo y
a la vida?

Vaya que puedes. Qué puedo decirte, he conocido a
pocas personas como tú. Quién sabe, tal vez incluso
te conozca algún día.

Marx Rojas

(Facultad de Ingeniería)

Las brisas y el piscomar

Me urge hoy que te he visto
encomiéndeseme al santo más santo
que si no me sacan este diablo
a puro hierro me lo voy a quitar.

Con qué orgullo caminabas,
como si de ese paso mentiroso
hicieras alarde y tuviésemos
nosotros los cholitos que
arrullarte: ¡Maldita sea tu casta!

Mentira...Mentira... Capitalina
Si yo vía láctea no conozco otra
que no sea la que me lleva
de esos dos cráteres sulfúricos
hasta el pie de las puntitas de tus dedos.

La itis

Al visitante le recuerdo, pase de mi lengua
que, no solo es invertebrada,
sino también orgánica en su palabra:
Es que mi amígdala está
en vinagre, llena de placa blanca.

(...)

Y si pasas, y haces biopsia de mi octubre,
digo, si pasas, será a la vista.

Te diré que ya no raspa, que ya no supura la pupila
escuchando el requinto a veintiún velas
a puro sin ti,

que de este mango no queda ni el hueso,
que ya no recuerda los días

dilatados en aquellas puses compartidas:

Dame uno más, mi vida.

(...)

Delia Ruiz

(Facultad de Economía y Finanzas)

Mañana umbrática solfeó silencios
cuando las bocinas contaron tu nombre
en medio de un montón de hombres
salvando gente como tú.

A la ventana, un cielo horrible
la insania de tu paso extraño
dolor ponzoñoso, arriesgado
crujido de mi alma en un baúl.

Tu huida anacrónica
Tú, rebelde enardecido
hoy, esencia pura
de nuestra canción en tu comedor.

Voy a cantarte bajito, repetirte lento
prometo acordarme de ti
aun cuando te llegue a olvidar.

Paolo Torres

(Facultad de Economía y Finanzas)

Tu mirada lo mismo que me mata me confunde
Quisiera no pensar tanto en aquellas cuestiones
Ciertamente también podría solo ceder ante las
[voces
que me piden
que me derrita
encima de ti como lo haría el bronce.

“Viven en nosotros innúmeros”
(Fernando Pessoa)

Minerva Capcha

(Facultad de Ciencias Empresariales)

Luz de luna

Hoy es la que más brilla en la noche,
Mañana se dejaría tapar por una nube,
una nube de muchas, una de muchas.

Ella es como la luna,
no está sola, pero ella cree estarlo,
tiene tanta belleza
pero no parece apreciarlo,
tiene tanto para dar,
pero no parece dispuesta a darlo.

¡Oh luna, no te rindas!
Eres tan brillante
¿Por qué tienes tantas fases...
si tú eres una sola?
¿Por qué ese cambio, tan repentino e inexplicable?

Háblame luna, si tan solo pudiera subir, o
sin tan solo tú me dieras un alcance,
Tal vez sería mejor que
yo fuera un planeta hablante,
Tal vez la tierra sea el planeta faltante.

¡La tierra!
Supieras luna cuántas voces saldrían de la tierra,
cuántas voces para solucionar tu tema,

pero no, es mala idea, tal vez tantas
pongan tu mente en el nivel más irritante.

¡Ay luna!, por qué no miras a las estrellas,
están solas y siempre prosperan,
algunas en meteoritos,
algunas en constelaciones,
algunas en planetas
y otras como iluminadores.

Luz de luna,
si supieras tu papel,
si supieras que eres
la más hermosa luz de la noche,
te aseguro que explotarías,
tanta alegría tendrías
que probablemente la galaxia abrazarías.

Si conocieras la verdad,
la verdad de ti,
de tu ser,
sabrías lo que significas
para aquella estrella en Belén,
para aquella pareja sin fe.

¡Ay, luna!
Tú y tu drama,
Si supieras cómo iluminas
las noches de aquella dama
que se siente como tú,
pero que es humana.

Ángel Choquehuanca
(Facultad de Ingeniería)

Camino

Driver, ¿dónde llevas este bulto?
Driver, ¿no dirás nada?
No me sonrías como si
supiera dónde vamos

Trocha larga,
no quiero bailar más
Qué bonito amanecer me haces ver.

Black cat

Gato negro siempre fui
Oscuro, misterioso y algo vil
Doy mala suerte a quien conocí
¿Quién querría un gato así?
Pero con el tiempo descubrí
que todos necesitaban uno así
y fue así como este gato se cruzó ante ti
Si me quede o me vaya
dependerá de ti... ¿o tal vez de mí?
La pista está en el día en que te conocí.

Cesare Del Mastro

(Departamento Académico de Humanidades)

Comme Zénon devant le bel et triste enfant,
être qui était et n'était pas lui,
Ta mère aimait t'imaginer chaque soir
dans la tiédeur de son corps.

Pour te raccrocher à son ventre
J'ai engendré N.
Retournement de l'issue fatale de toute grossesse :
Mère, voici ta fille.

Père et maîtresse
Je l'ai accueilli en moi
N.
Sa semence et sa première enfance
Une même allure d'allaitement
Toute la mer ou la prolifération des étoiles.

Immobile comme le français à son état pur
Avant toute articulation
Dépourvu d'histoire
Immatériel N. demeure accroché à mes mots
Phonation archaïque sur les parois de ma langue
Je façonne ainsi chacun de ses membres
Tressaillant sans bouger.

Triade à deux
Moi et l'amant conçu
En tâtonnant son sexe je nourris l'embryon qu'il est

N.
L'enfant que tu fus
La mère-enfant qu'elle fut
Le père-enfant qui écrit
Au départ de mes lèvres sa sève
Pour vous retenir
Au plus profond de notre peau.

Mais comme toi
N. a lui aussi un corps
Arraché à mon ventre
Nouveau-né
Né mort
Dans un accent inaudible
Il s'évanouit

Et si nous enfantions un frère une sœur
L'Aîné entendrait toujours
En appuyant sa joue sur notre peau
L'oubli
Le ventre vide.

Accouchement de débris épars

Nous avons perdu nos enfants
Nos hommes
Nous avons accouché mortes.

Como Zenón ante el bello y triste niño,
ser que era y no era él,
A tu madre le gustaba imaginarte cada noche
en la tibieza de su cuerpo.

Para aferrarte a su vientre
He engendrado a N.
Giro del final fatal de todo embarazo:
Madre, he aquí a tu hija.

Padre y amante
Lo he acogido en mí
N.
Su semilla y su primera infancia
Una misma cadencia de lactancia
Todo el mar o la proliferación de las estrellas.

Inmóvil como el francés en su estado puro
Antes de toda articulación
Despojado de historia
Inmaterial N. permanece aferrado a mis palabras
Fonación arcaica sobre las paredes de mi lengua
Doy forma así a cada uno de sus miembros
Temblando sin moverme.

Tríada a dos
Yo y el amante concebido
Rozando a tientas su sexo nutro al embrión que es
N.
El niño que fuiste
La madre-niño que ella fue
El padre-niño que escribe

En los bordes de mis labios su savia
Para retenerlos
En lo más profundo de nuestra piel.

Pero como tú
N. tiene también un cuerpo
Arrancado de mi vientre
Recién nacido
Nacido muerto
En un acento inaudible
Se desvanece

Y si diéramos a luz un hermano una hermana
El Primogénito escucharía siempre
Apoyando su mejilla contra nuestra piel
El olvido
El vientre vacío.

Parto de escombros dispersos

Hemos perdido a nuestros hijos
Nuestros hombres
Hemos dado a luz muertas.

Manuel Enríquez

(Facultad de Economía y Finanzas)

la nieve marina

“Yo soy entonces toda la arena,
todo el vasto fondo marino”
(José Watanabe)

como un derramamiento innecesario de tinta,
la vida es indigna en el fondo del mar

miles de peces del abismo,
seres bioluminiscentes y
extraños organismos
muertos componen
la nieve marina
que se acumula en el fondo marino
y colorea la arena
donde vivimos nosotros
los gusanos extremófilos

Soy un gato

Soy la negación
de una negación. Mi cuerpo liviano y robusto
pasa siempre desapercibido ante el ojo humano,
de modo que no hay policía que me vigile,
ni hombre que me domine. Mi existencia libérrima
es irrefrenable.

Me alimento
de las sobras de lo humano. Soy belicoso:
me sirvo de mi lomo fuerte y de mis ágiles patas
para hacer de verdugo y cobrar mis venganzas.
A mi vida la impregna la bienaventuranza:
las inexorables mudanzas
no me han impedido vivir de suerte en suerte.
[Porque
me gusta la vida errante, la
nostalgia y la añoranza
las siento poco vehementes.

De día descanso y de noche sorprendo;
depredador por abolengo, soy el silencio
y soy el ruego. Asgo la realidad y la cuestiono
porque soy metafísico
como el desacuerdo entre el yendo y el viniendo
como el desacuerdo entre la afirmación
y la negación de la negación.

Mi suerte es pingüe como el subsuelo. Soy
todo, soy nada. Soy grano y soy arena.
Soy los techos de las casas,

soy mis empresas exitosas y fracasadas. Por mis
[hazañas,
me han condenado
a vivir como un ser humano: solitario y delimitado.

Mientras termino estos versos,
mi puntiaguda lengua acicala mi cuerpo
y mis despeinados pelos,
cuyos recodos copian
el color de este cielo gris,
acarrear un aspecto imperfecto. Soy, pues,
todas las especies y pedigrís. Soy
un gato.

tumor

tumor:
luz de claraboya tenue,
endeble salud;
letargo inminente
esperando su ataúd

peste negra

peste negra perogrullesca
sedienta de sangre fresca

Daniela Vilela

(Facultad de Ciencias Empresariales)

HERMANA

Jardín de maravillas lleno de burbujas
risas escondidas, hermana.

Los añorosos días pasan
los recuerdos quedan fijos,
y en mi mente solo descansan
alegrías, alegrías, alegrías.

Tú juegas, mamá mira,
luego tú miras y yo juego;
poco a poco llega el descenso
atardeceres, atardeceres, atardeceres.

Ahora es un nuevo día,
tú en Trujillo, yo en Lima,
dos caminos diferentes
una meta incandescente.

Un año de distancia
solo es distancia
a la luz del alba
hermana.

Segunda Sección

Cuento

Ficción histórica

Antonio Guillén

(Facultad de Ciencias Empresariales)

Senderos de abolición

Bajo el manto de la leyenda se teje la historia de Ramón Castilla, un hombre arrastrado por las sombras del racismo. Desde sus años más tiernos, su espíritu fue moldeado por el yugo de su padre, Pedro de Castilla y Manzano, un hombre en extremo racista quien le había inculcado que nunca debía juntarse con los hijos de los esclavos, y que siempre tenía que hacerles saber su posición paupérrima. A medida que crecía, Ramón asumía un papel temible entre aquellos que le servían. Sus órdenes eran ley, y bajo su cruel mandato nació una aberrante práctica conocida como “castillismo”. La idea surgió en respuesta a la declaración de la libertad de vientres por parte de Don José de San Martín en 1821. Ramón Castilla castraba a aquellos que se atrevían a desobedecerlo: imponía así su dominio y sello infame sobre aquellos que estaban a su merced.

En su Tarapacá natal, heredó inmensas tierras en las que más tarde, a mediados de los años 40, encontraría salitre. A espaldas del gobierno de Domingo Nieto, lo vendía a la casa inglesa Gibbs, que también había encontrado en la costa central peruana el tan preciado guano sin informar al gobierno de entonces por la desconfianza que

despertaba el partido que estaba al mando. Así que ayudaron a Ramón para que llegase a la presidencia en 1845. Y lo lograron, pero Castilla capitalizó el guano, expulsó a los ingleses del país y creó a los supuestos consignatarios familiares de su esposa. Se llevó así él la mayor riqueza económica del país y se convirtió en el hombre más rico. Además, para que la oligarquía y los emergentes mestizos no sospechasen puso en marcha las inmensas y novedosas obras que actualmente conocemos. Fuera de todo el éxito que tenía, siempre hacía gala de su mayor asco por los esclavos. En innumerables ocasiones pretendió eliminar la libertad de vientres, pero nunca lo consiguió debido al temor que le infundían diversos poderosos militares argentinos y colombianos que protegían a ese maltratado grupo étnico.

La excepción en el corazón de Ramón Castilla era Marita, la única persona de ascendencia africana por la que guardaba un afecto genuino. Desde que él era un bebé, Marita había sido su constante compañera; había asumido un rol que iba más allá del simple cuidado: se convirtió en su confidente, su apoyo incondicional y hasta en una figura materna. Debido a sus frecuentes viajes a España, la madre de Ramón se alejaba de él en etapas cruciales de su infancia, con lo cual cedía un espacio importante a Marita en la vida del pequeño. Algunos decían que Castilla quería más a Marita que a sus padres.

Una vez, en un bar muy antiguo por el actual Iquique, me contaron una anécdota de la antigua Hacienda Castilla. En una ocasión un experimentado militar argentino, muy amigo de Castilla, le gritó y pegó a Marita por un error al servir el vino. Ramón no aguantó tal falta de su amigo a la mujer que lo había criado y le disparó a la cabeza. Me contaron también que, durante toda su estancia en palacio de gobierno, Marita estuvo como una huésped más y que nadie la podía molestar. De allí la famosa frase de los canillitas que decían a todo visitante a Palacio: “no molestes a la negra”.

Pasaron casi ocho años durante los cuales se acrecentó el patrimonio de Castilla y el Perú vivió su mejor época desde la Independencia. La casa inglesa Gibbs también había acrecentado su ambición por el Perú, ya que Inglaterra entraba en una guerra con Francia, y necesitaba los beneficios del guano y el salitre para producir más rápido sus cosechas y estar preparados contra su adversario. Los ingleses tenían un inmenso odio contra Castilla por el engaño que habían sufrido y trataron de aliarse con Bolivia, país que los rechazó y no tuvieron más opción que ir al pequeño país de Chile, cuyo presidente los recibió de la mejor manera. Junto a un joven Diego Portales comenzaron a planear la estrategia de aquella invasión al norte que luego de veinte años les daría como resultado una cruenta hegemonía en la región. Por su lado, la abolición de la esclavitud ya

era una realidad en varios países, pero en el Perú se presentaba como un sueño lejano mientras Castilla ostentara el poder. Sus consejeros insistían en que urgía liberar a todos los esclavos cuanto antes, y le advertían sobre el riesgo constante de una revuelta militar que podría derrocarlo si no tomaba medidas. Pero Ramón, inflexible y terco como una roca, sostenía que solo la muerte lo haría ceder en su postura. Su obstinación mantenía atado el destino de los esclavos en el país.

Era finales de 1854 cuando dejó a su mano derecha, el joven e inexperto Mariano Ignacio Prado, a cargo de Palacio de gobierno, y se fue con toda su familia y Marita a pasar fiestas de año nuevo a Tarapacá. En la hacienda todos se pusieron muy nerviosos apenas llegó el patrón. Acostumbrado a desatar toda su furia contra sus criados, estuvo en los primeros días muy tirano y maltratador. Hasta que pasó lo que cambió la historia de los afroperuanos. Un día Ramón Castilla manda a uno de sus sirvientes más viejos a que le traiga unas copas para el vino, quien al llegar a la cocina no puede alcanzar la parte superior de los anaqueles y tampoco puede subirse a una banca ya que sufría de las rodillas. Marita, que era un poco más joven que el anciano criado, ofreció su ayuda de buena gana y con delicadeza se subió a la banca para alcanzar las copas. Sin embargo, en un giro del destino, una de las patas cedió y cayó al suelo con un estremecedor golpe que resonó por toda la casa. Sus gritos de dolor llenaron el aire y llamaron la atención de

todos los presentes, pero fue Castilla quien pareció llevarse el peso más abrumador de la tragedia. Cuentan que su reacción fue como si, en ese instante, su propio corazón se hubiese hecho añicos.

Sin perder tiempo, Ramón llamó desesperadamente a todos los médicos destacados de la ciudad para buscar una solución. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, nadie pudo aliviar el sufrimiento creciente de Marita; su dolor, cada vez más insoportable, sumía a todos en una impotencia desgarradora. Castilla sufría y se desesperaba, no paraba de gritar y maldecía a los doctores. Pasaron casi toda la madrugada con ella hasta que unos minutos antes de morir entre lágrimas dijo: “Niño Ramón, por favor libera a mis hermanos”. El fallecimiento de Marita fue la primera y la última vez que todos vieron llorar a Ramón Castilla. Un momento después este se dirigió a su estudio para escribir una carta a Mariano Ignacio Prado: a los cinco días quedó abolida la esclavitud en el Perú. Todos los barrios afroperuanos festejaban sin saber el verdadero motivo. Alabándolo en pleno desconocimiento, los habitantes de un nuevo pueblo de Ica al que luego se llamaría Chincha no dejaban de gritar: “¡Viva Ramón Castilla que nos dio la libertad!”

Castilla parecía haber perdido el ímpetu y la voluntad de vivir. Aceptaba sin cuestionar todo lo que le sugerían, como si anhelara dejar atrás la

vorágine de sus responsabilidades y disfrutar de un merecido descanso. Pero su perspectiva inmediata no contemplaba las sombras del porvenir, y esta indiferencia respecto de las futuras consecuencias tuvo como resultado el aumento alarmante de las deudas del país. Mientras tanto, en Chile, la maquinaria de guerra se preparaba meticulosamente para una posible invasión de Bolivia y Perú. Los ingleses, por su parte, ansiaban la venganza contra Castilla debido a su engaño del pasado, y finalmente lograron su cometido: en un trágico giro de los acontecimientos, Castilla fue asesinado en Tarapacá y lo que ocurrió después ya todos lo conocemos. Solo fue suerte de Chile.

Recesión

La primera vez que lo vi fue en un bar de la avenida Pardo y Aliaga. Entró asustado mirando en intervalos atrás, como intentando percatarse de si alguien lo seguía. Automáticamente llamó la atención entre todos. Pero lo que verdaderamente había atraído todas las miradas había sido su impecable traje y un reloj dorado que parecía emitir su propia luz. Se sentó a mi lado y pidió una cerveza alemana, que eran de las más raras y caras que se consumían en ese bar. A juzgar por sus expresiones estaba cansado y triste; inesperadamente cruzamos miradas y noté sus ojos apagados, como si su vida se hubiese vaciado repentinamente de sentido.

Tenía una cicatriz camuflada por la frente, era de facciones anglosajonas y se notaba que su nariz perfilada había sufrido daños de acné. Su cabello era muy corto y casi inexistente en gran parte delantera de su cabeza, tenía unos labios delgados y secos. Se quitó la corbata y antes de tomar su primera cerveza me dijo: “por ella que mal me pagó”. No sé por qué, pero sentí simpatía por él, quizá era pena, pero lo cuidé de todos los que le quisieron robar esa noche.

De vez en cuando pronunciaba frases en un idioma que no entendía; cada vez sonreía más, noté que sus dientes eran muy uniformes. Sus expresiones faciales se tornaban particularmente grotescas e

incluso daban miedo cuando se enojaba recordando algo a lo que llamaba recesión. Siempre la maldecía, seguro así se llamaba su pareja, repetía: “por la puta recesión perdí todo, maldita gran recesión”. No lo volví a ver nunca más acá en el bar, pero muchos días después me sorprendí cuando vi en la televisión que se había arrojado del vigésimo piso de su edificio en San Isidro.

Lo impredecible que es la vida jamás dejará de sorprenderme.

Lo fantástico latinoamericano

Jose De la Rosa Santisteban

(Facultad de Ciencias Empresariales)

Dilema cíclico

Bajo el notorio influjo de Jorge Luis Borges, principal exponente del Realismo Mágico, y de un personaje ficticio con el nombre de Kaworu Nagisa, he imaginado este argumento para el primer relato corto que, espero, marque el inicio de mi constancia como escritor. Llevo tiempo pensándolo, pero ni siquiera lo inicié o decidí su lugar, así que se ubicará en un mundo paralelo, ya que en esta realidad la existencia de personas con las cualidades de mi personaje sería inverosímil. El protagonista narra la historia y posee dones que el ser humano solo ha visto en la ficción.

Este hombre se llama Oswaldo y representa el signo ofiuco (por eso se llama así). Por ciertas circunstancias traicionó a sus camaradas y tomó para sí sus dones. Con el fin de expandir su poderío, se fue a otros mundos. Allí se encontró con las reencarnaciones de sus compañeros asesinados, quienes intentaron derrotarlo en vano. Solo eran unos niños.

Una vez muertos, cubrió el mundo en penumbras y exterminó a la humanidad. Para preservar la belleza del planeta optó por dejar vivas a la flora y la fauna. Viajó a diversos universos paralelos en los

que realizaba las mismas acciones. Como Ofiuco no quería aburrirse, empezó a observar la vida de las nuevas reencarnaciones que, se supone, debían detenerlo; su situación era lamentable.

Este hombre se terminó encariñando con las versiones de sus camaradas, pero esto no lo detuvo y sus matanzas persistieron. Nos encontramos en sus últimos momentos de vida y esto es lo que pensó:

Tantos siglos haciendo lo mismo es monótono. A veces como hombres o mujeres, pero siempre con variaciones de su mismo carácter. El niño (a veces niña) obeso que a veces moría o a quien mataba. Una muchacha (muchacho) con problemas interfamiliares que lo (la) molestaba. Siempre del sexo opuesto. A veces como enemigos, otras como pareja y algunos trágicos donde uno asesinaba al otro o de forma mutua. El otro retoño y las gemelas (la niña y los gemelos); estas últimas ciertamente atraídas hacia este. Luctuoso el destino de estos tres. Las dos siempre dejaban de existir, y quien las reemplazaba se corrompía y era asesinada por su mejor amigo a petición de ella; en otras realidades una mataba a otra y tomaba su lugar. Se debería cuestionar lo sencillo que es para dos personas parecidas suplantarse.

También vio a un pobre infante vivir con las secuelas de un desagradable ultraje y los perjuicios de haber sido abusado por su hermana; repugnante.

Cuando era una mujer y el abusador un varón, el mundo era menos duro. No obstante, los traumas de las dos versiones eran inevitables. Habían desarrollado una doble personalidad extremadamente violenta hacia el sexo opuesto; es evidente que su autodesprecio era indescriptible; muchas veces se suicidaban. En las mejores realidades terminaban lidiando con su trauma y conseguían una pareja, la cual veía su violencia transformada en miedo. Esta última no me era particularmente interesante, así que la omitiré.

En todas las realidades el signo que salvaguardaba la integridad de sus amigos y les sonría muere. Primero por un enemigo mundano, luego por la mano de uno de los inestables signos, y en el resto de ocasiones como un héroe. No pedí crear enemigos para ellos. Los otros que no menciono no tienen salvación.

Miles de bucles después de repetir el mismo desenlace, me harté y decidí guiar a cada uno al mejor destino posible. Fue un infierno. Existía una enorme barrera entre sus palabras y la acción, pero gracias a su esfuerzo, a su valor, y a mi guía hacia el escenario idóneo, pudieron lograrlo. Finalmente. Pero, los fallos. ¡Malditos sean los tristes desenlaces! ¡Malditos sean los malentendidos y la ignorancia de cada uno! Pero el más culpable soy yo por eliminar a seres inocentes. Me sentí culpable muchas veces, pero así no era como debía ocurrir; yo arreglé todo a un precio alto. Los maté, torturé y

traumé tantas veces que ya no recuerdo. El bucle correcto llegó. La muchacha y su antiguo abusador, quien se convirtió en un adolescente maduro y cortés, se llevan bien (tal vez demasiado); las gemelas conviven como una, su amigo las acepta y aprecia. El muchacho ultrajado lidia con su doble personalidad y se encuentra emocionalmente estable. El único que no pude salvar es el signo abnegado que se sacrificó; incluso cuando intenté convencerlo, fue inútil. No quería verlos sufrir más, no quería seguir más. Esto se acaba con mi vida. Ahora veo cómo la espada de la muchacha llega al borde del pecho, muero, pero está bien; ya lo acepté, acaso algún supuesto villano habrá pasado por lo mismo, no lo sé. Me compadezco de él.

La adolescente retira su espada del pecho del enemigo que se desintegra.

—Chicos, ¡lo logramos!

Gritos con fe y júbilo se perdieron en el aire de una ciudad aislada en el tiempo.

* Borges Jorge Luis, “Tema del traidor y del héroe” y “La casa de Asterión”, 1944 y 1947.

Vida realizada

Una tarde, mientras caminaba con mi amiga sentí como si mi cuerpo hubiese explotado en pedazos. Era como si la energía de billones de galaxias hubiese calado en mi interior. Eso me volvió un Dios: un ser divino capaz de materializar todo a mi antojo. Ella y yo pasamos por miles de situaciones interesantes al descubrir nuestras habilidades, así que formalizamos nuestra relación. Cada deseo, cada capricho estaba al alcance de mi mano. Afortunadamente era bastante frugal; lo único que quería era triunfar y vivir una vida tranquila junto a mi pareja. Ella sí se dejó llevar. Lo que la diferenciaba de mí era su rapidez: la velocidad de la luz era un parpadear desde su perspectiva. Robar, viajar, eso fue todo lo que se permitió. Finalmente pudo ver el mundo; me alegro por ella, aunque me apeno por los afectados. Pero no se preocupen: cristalicé de nuevo sus cosas e hice como si nada hubiera pasado.

Su percepción del tiempo era diferente a la mía. Para ella un segundo equivale a una eternidad. Tal fue la razón por la que se aburría, así que, para alegrarla, la llevé al espacio. Todo lo que yo quería lo obtenía; por ello, que respirara sin oxígeno fue tarea fácil. Vimos miles de planetas y galaxias, descubrimos a impactantes seres místicos que siempre han existido más allá del cosmos. Luchar con ellos fue divertido. Esta nueva vida era preciosa y ella opinaba lo mismo. ¿Qué era yo

antes? Un ser desconocido en la faz de la tierra que trabajaría y moría de viejo; qué predecible. No quiero fama. Mucho menos fortuna y, aunque la quisiese, ya la he experimentado en momentos de júbilo. Lo único que añoro es una vida tranquila. Ya la tengo.

Visitamos todos los planetas que existen, cambié mi percepción del tiempo por ella. Lo que para algunos son segundos, para nosotros son miles de años; pero, debido a la distancia y a que viajamos a la velocidad de la luz, desde nuestra perspectiva el tiempo es siempre igual. No cambia, a menos que decidamos ajustarlo al de los habitantes de un planeta. Tal parece que la tierra no existirá o no será como la conocimos cuando regresemos. En los mundos que visitamos, frecuentamos a extraterrestres, aprendimos sus costumbres y gracias a Dios no probamos su comida, ya que podría haberla transformado en una que conocemos. Toda la comida chatarra que yo creaba era tan saludable como la dieta de Chris Hemsworth. No digo que no hayan existido problemas. Los hubo, como cuando ella quiso matar a una raza entera por una nimiedad sin sentido, o cuando empezamos a ver morir a quienes amábamos, o cuando mi poder provocó una calamidad imperdonable. Llevamos la humanidad impregnada en todo nuestro ser. Ella envejece, pero yo no. La rejuvenecía siempre que podía, hasta que en un momento se cansó.

—Josh, para por favor —exclamó en señal de súplica.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Si te rejuvenezco, no morirás —prosiguió.

—Mi amado Josh, estos miles de años han sido los más felices de toda mi vida, pero... me siento realizada. Recuerdo todos y cada uno de los bellos momentos por los que pasamos. Nuestros chistes ingenuos en la adolescencia, nuestra euforia por el poder, nuestras cálidas conversaciones e intrascendentes discusiones, nuestro largo viaje por el cosmos que duró eones o incluso más. No conté los años.

Lágrimas empezaron a bajar por las mejillas de la deidad y, mientras se extendía en el vacío del espacio, mundos se creaban por doquier. No iba a dejar que eso fuera lo último que viera, así que tragó saliva y dijo nervioso y acongojado

—No eran discusiones.

La mujer se rio entre dientes.

—Creo que por eso te amé, Josh.

—No seas tan dramática, me vas a hacer llorar.

—Ya lo estás haciendo, idiota.

—No me digas eso en estos momentos.

—Te amo, pero, por favor, déjame morir —apretó su mano fuerte contra la suya.

—¿Por qué dices algo como eso? —preguntó frustrado y en llanto.

—Porque estoy feliz de haber vivido, así que, por favor, cúmplelo: que sea mi último deseo.

El brillo en sus ojos hizo que Josh cediera aun con el terrible ardor de su corazón.

—De acuerdo —dijo alejando la mano con la que sujetaba la frente de la mujer.

—Al menos hubiera querido hijos.

—Jeje, ya lo hicimos una vez.

—Lo sé...

El cuerpo de Fati se desintegró en segundos.

Manuel Enríquez

(Facultad de Economía y Finanzas)

Paracas Cavernas

“On se fait toujours des idées exagérées
de ce qu'on ne connaît pas.”
(Albert Camus)

“Alivio y deleite
Cuando se ha atracado
La Barca del Tiempo
Y nada sucede”
(Emilio Adolfo Westphalen)

Las trepanaciones craneanas me habían intrigado desde que era pequeño. Solía ir a los museos y contemplar perplejo —durante horas— cráneos trepanados de las culturas Paracas, Nazca, Wari y Mochica. Solía, también, practicar trepanaciones a cráneos de juguete para exhibirlos en mi cuarto. Solía incluso trepanar cráneos de animales muertos. Porque me fascinaban las trepanaciones craneanas y, en general, la historia de las civilizaciones antiguas, decidí estudiar Historia.

Cuando me hube graduado de historiador, en noviembre de 2005, fui invitado a una expedición al sitio arqueológico de Paracas Cavernas.

Confirmé mi asistencia y, mientras alistaba mi maleta, pensé que sería la oportunidad idónea para hacerme con un cráneo trepanado auténtico, a pesar de que la idea de saquear una tumba me parecía poco ética. Mientras me preparaba para el viaje, empecé a ver trepanaciones craneanas en todas partes. Si bien estas visiones eran producto de mi imaginación, parecían reales. Veía cráneos en el zaguán, en la cocina, en la calle, en el mercado, en mi reflejo en el espejo, en las caras de mis familiares. No podía volver a Chiclayo sin un cráneo trepanado.

El domingo 6 tomé un avión a Lima. Allí me reuní con los investigadores. Después, fuimos llevados en bus a Paracas, donde instalaríamos un campamento. El trayecto fue un hastío: solo veía cien kilómetros de bolsas negras con basura descansar a ambos lados de la Panamericana Sur —lo usual, pensé—, una carretera construida en medio de un desierto inhóspito y deprimente, llena de baches y peajes; un mar perfectamente gris que copiaba el color del cielo; y un montón de ancianos deprimidos que hojeaban concentrados sus libros de Arqueología para no ver, desde la ventana de un bus interprovincial viejo, el paisaje.

—Han arrestado a Fujimori en Chile —informó una voz a través de la radio.

Los ancianos empezaron a discutir. Algunos celebraron, otros se quejaron. No había consenso.

Para no escucharlos, conecté los audífonos a mi MP3 y reproduje canciones de los Beatles.

Tuvimos tiempo para explorar los alrededores ya que habíamos llegado temprano a Paracas. Hallamos una pequeña tumba. Había dos cadáveres, mas no había objetos valiosos ni cráneos trepanados. No parecían personas importantes de la sociedad Paracas. Los investigadores discutían que no solo había tumbas en este sitio arqueológico, sino en toda la bahía de Paracas. Tenían razón, pues la tarde siguiente una tumba con más de cincuenta cuerpos fue hallada a dos kilómetros del campamento. Lo movimos para estar más cerca de las tumbas, que estudiaríamos al día siguiente, y nos acostamos en nuestras carpas a las diez de la noche. A las doce me levanté para buscar la tumba. Furtivamente, salí de mi carpa y empecé a caminar. Debido a que los vientos soplaban vehementemente, era inevitable que la arena cruzara mis delgadas prendas e impregnase mi cuerpo. La temperatura había descendido y empecé a sentirme decaído. Mientras caminaba, mis pies se hundían en la arena, que parecía querer incorporarme. Mientras más rápido andaba, menos avanzaba. Levanté la mirada y quedé pasmado ante la imponentia del cielo estrellado. Las estrellas habían sido acomodadas de modo que las principales constelaciones conocidas eran visibles. Lloré ante la belleza del paisaje.

Avancé un poco más y me infiltré en la tumba. Los cuerpos habían sido dejados por los Paracas en una cueva profunda. Un corredor de ocho metros de largo daba la bienvenida a los visitantes, y abría paso a una sala vasta y lóbrega, cuyas dimensiones no pude advertir. Los cuerpos habían sido cubiertos con mantos y las paredes decoradas con pinturas rupestres. Los cadáveres estaban tapados por una densa capa de arena, de modo que era difícil darse cuenta de que eran cadáveres y no arenisca. Encendí la linterna y vi que había un cráneo trepanado. La trepanación, cuyo centro había sido rellenado con una pequeña placa de oro, copiaba la forma de una circunferencia perfecta. El cráneo estaba muy bien conservado, solo le faltaba un diente. Sacudí la capa de arena que protegía al cadáver, arranqué el cráneo trepanado y lo escondí bajo mi cortaviento. Aliviado, suspiré.

Con el objetivo de no levantar sospechas, salí de la caverna y me dirigí a la playa, pues la tumba sería revisada y estudiada. Caminé veinte minutos y llegué a la orilla. Sentí una tranquilidad formidable, una paz perfecta. Nunca antes había sido tan feliz. Cavé un pequeño socavón y dejé el cadáver en su interior. Me aferré a la esperanza de que ni la playa ni el mar me castigasen por ladrón. Luego, volví a mi carpa y dormí.

Durante aquellos días, veía el cráneo trepanado en todos lados. Lo veía en la luna, en el sol, en mi ropa, en mi reflejo, en las caras de mis compañeros.

Porque sentía que me observaba y me perseguía, pensé que me estaba volviendo loco. Quizá me había convertido en un cráneo trepanado. Cuando el último día de la expedición llegó, fui a la playa y lo busqué. Desesperado, empecé a cavar. Cuando lo hube desenterrado, lo escondí en mi maleta y regresé al campamento, de donde partimos rumbo a Lima. Me sentí mareado durante el trayecto y contraí fiebre. Supe que algo andaba mal. Empecé a sentirme exhausto, desanimado, decaído. Dejé de comer, mi piel se tornó pálida. Cuando llegué a Lima, tomé un bus a Chiclayo, pues pensé que sería riesgoso viajar en avión con un cráneo trepanado en mi maleta. En aquel momento, daba igual. Solo quería volver a casa. En la estación tomé un taxi a casa de mis padres. Dejé la maleta en mi cuarto, bajo la cama, y les conté qué había en aquel sitio arqueológico, pero no les dije que había robado un cráneo trepanado. Para celebrar nuestro reencuentro, fuimos al Media Luna, mi chifa favorito, pero no comí nada. Volvimos a casa. A las nueve de la noche, fui desesperado a mi habitación y abrí la maleta. El cráneo aún seguía allí. La tenue luz que alumbraba mi cuarto resaltaba el color amarillento del cráneo. Cerré la maleta y suspiré. Rápidamente saqué mi pijama y me acosté. Esperaba sentirme mejor cuando despertase.

Cuando amanecí, me di cuenta de que habían clavado la punta de una lanza de piedra en mi frente. De lejos, vi que una aldea estaba siendo asediada. Dos hombres fuertes, de aspecto

hercúleo, que hablaban un idioma desconocido, me cargaban. La sangre chorreaba de mi frente como el agua de un grifo abierto. Me sentí indigno de vivir. No sabía que el cuerpo humano podía expulsar tanta sangre en tan poco tiempo. Mi visión se nubló, el sol caía directamente sobre la piedra incrustada en mi cráneo y mi cuerpo se sentía cada vez más caliente. Los vientos Paracas soplaban fortísimo, de modo que el viento frío dificultó mi ulterior auxilio. Los hombres tropezaron y me dejaron caer. El sol quemaba mis ojos, quemaba todo a su alrededor. Quemaba mi frente, mis párpados, mi cuerpo. Quizá había perdido la conciencia.

Siguieron cargándome y llegamos a una pieza que me era familiar, en una caverna. Dos hombres más aparecieron: el cirujano y su ayudante. El primero preparó un concentrado de hierbas medicinales mientras el segundo calentaba un tumi con una fogata artesanal. La infusión no me hizo efecto, a pesar de que la había bebido completa. Me sentí nauseabundo. Vomité. Me hicieron beber de nuevo la infusión. Volví a vomitar.

El tiempo se sentía cada vez más lento y el tumi, cuya punta semicircular refulgía suntuosamente, se acercaba a mi cabeza. Intenté distraerme pensando en canciones de los Beatles, pero fue en vano. La escena que estaba viendo se sobreponía a cualquier pensamiento que pasaba por mi mente. El ayudante tomó un martillo de obsidiana y se lo dio al

cirujano, quien sostenía el tumi de bronce. Al tiempo que se acercaba a mi cabeza, caí por el vacío metafísico que me atormentaba. El ambiente acarreó un tufillo estremecedor que crispaba las pieles. Era el olor a muerte. La tierra tembló con vehemencia, el sol abrasó la atmósfera reticentemente, y las puertas del conocimiento prohibido se cerraron mientras se abría una ventana sobre la que descansaban mis ilusiones dilapidadas. La irrefrenable inminencia de la muerte me fue ofrecida en eucaristía. Empecé a caer. La tierra se abrió. La veía cada vez más lejos de mí. Me pareció que el cielo se había tornado rojizo, y que del sol brotaba un agujero negro. Después, me vi en el mar, en el fondo marino. Era un ambiente quimérico. Me sentí perdido. El mar es mucho más grande que la palabra con que lo nombramos. Vi a mi lado peces abisales. No sabía que se podía vivir en tan indignas condiciones. Entonces sentí que la presión del agua me había convertido en nieve marina. El cirujano trepanó mi cráneo e intentó insertar una placa de oro en la trepanación. Pero ya era muy tarde. Había muerto.

Desperté asustado de aquel sueño y advertí que de nuevo estaba siendo cargado por dos hombres que hablaban un idioma desconocido, que un pedazo de piedra puntiaguda hacía sangrar mi frente, que me faltaba un diente y que de nuevo me iba a morir. Cometido el robo, castigado el ladrón, insultada la memoria, restaurado el orden, el mundo se olvidará de mí. Solo quedará mi cráneo trepanado.

Luis Kadena

(Facultad de Ciencias Empresariales)

La Ley del Finalista

Sigo teniendo en mis antiguos archivos aquel descubrimiento que tanto se ansiaba en Latinoamérica: El Dorado, la ciudad dorada. Muchos lo daban por perdido; otros por inexistente, pero se logró hallar después de incontables siglos. Aunque el mérito es con creces, me seguirá costando reconocerlo como impresionante una vez que les cuente lo que vi. Y lo que vi no fue el oro.

Por siglos fui testigo de cómo la humanidad rodeó a esta ciudadela de misticismo. Desde que esos españoles avaros escucharon el rumor del pueblo indígena, aquella intriga por el lugar bordeaba lo absurdo. Los detalles no les interesan mucho, así que solo digamos que se hizo larga la búsqueda: el solo descubrirla la hizo más interesante que su propio contenido. Es entonces cuando un aventurero, intrépido, astuto, vanidoso y de marca blanca lo descubrió. La encontró en la Amazonía mientras paseaba en el bosque selvático, cuando se percató de una peculiar cueva expuesta. Una vez adentro, navegando por el aura sombría con una luz en la mano, caminó a paso corto por el pasadizo de terreno desconocido con intriga total. Al final, llegó a una sala circular de oro duramente iluminada por esencias de sol. Ahí al frente, un pequeño camino

lo llevaba a una puerta de piedra que parecía estar entreabierta. Sin embargo, no estaba solo. Cuatro cuerpos, unos más descompuestos que otros y con notas amarillentas en sus palmas, yacían pegados a la pared: dos en la derecha y los otros en la izquierda. De lejos, casi se podía ver como una mano.

El viajero les dio una mirada rápida de leve curiosidad y pasó al portón del frente sin rechistar. Empujó la gigantesca roca con todas sus fuerzas y la hizo ceder. Al momento de hacerlo, la ciudadela imponente se presentó ante su mirada. El lugar aparentemente imposible de hallar lo catapultó a la fama inmediata.

Sin embargo, los cadáveres no sonrieron. Antes de todo esto, y de ser expuestos como reliquias en aquel nuevo museo, tenían sus notas.

El primero de la izquierda era el más pequeño y antiguo, pero su sufrimiento no era tan viejo. Siendo uno de los pocos en creer la historia de su compatriota, quien había sido el primero en enterarse de la leyenda, dedicó toda su vitalidad a rendir honor a su amigo íntimo, ya muerto para ese punto. Le tocaron varias noches sin dormir y constantes viajes entre España y la Amazonía para raspar siquiera un mínimo de pista, la cual evadió sus súplicas. Décadas más tarde, encontró la cueva y, al momento de entrar, diez dardos salieron del suelo y dos clavaron sus agujas en su brazo

izquierdo. El veneno se propagó lenta pero efectivamente, y pronto los sentidos le fallaron. Apenas pudo evitar la siguiente trampa hasta llegar a la sala, donde descansó en el muro para nunca levantarse. Solo le quedó escribir una carta en unos minutos de delirio:

“¡Qué dicha la mía el haberte encontrado por fin, diosa seca! Qué alegría la desgracia tuya, que le arrebataste indiferente los sueños y esperanzas a mi hermano espiritual y ahora viniste a hacerme lo mismo. Ahora me despojas de tu calidez y no me dejas honrar a quien cayó antes de mí. Solo me queda pedir: Si alguien me encuentra, que sí me dé tu calidez recordándome.”

Antes de su destino final, suerte tuvo de dejar sus avances, porque luego vino el alemán: el último de la derecha.

De una familia de clase media por el siglo XIX, el germano estaba cansado de la vida estática e injusta de su país y quería hacer un cambio significativo en su patria. Cuando recibió la noticia de una posible ciudad hecha del mineral precioso, no dudó en conseguir toda la información posible, y creyó haber encontrado la respuesta a toda la pobreza y división que su país sufría. Sin perder tiempo, halló las investigaciones del español y se embarcó rumbo a América. En la cueva activó la segunda trampa. Un gas venenoso se deslizó entre las piedras hasta contaminar la entrada y lo infectó seriamente. Sus

pulmones se resquebrajaron de a pocos a cada inhalación y terminó deslizándose por el suelo hasta la sala. Se apoyó en el muro, y sacó lápiz y papel:

“A mi pueblo que muere por hambruna y está separada por ideologías estúpidas dedico mis últimas palabras. Aquí perezco al frente de otro desgraciado. Tal vez él también tuvo un sueño, pero ahora dejo aquí mi intento como él, esperando que sean mejores. Solo crezcan y avancen. Si pueden, recuérdeme.”

Un siglo más tarde, otro vino: el del medio derecha. Este australiano, conocido como un rebelde sin causa, había sido historiador. Convertido en veterano militar, no había podido dejar su pasado atrás y nunca volvió en sí. De vuelta en su casa, el hogar giraba obtusamente con cada pelea. En unos meses lo botaron y nunca se pudo perdonar ni por la mitad de todo lo que había hecho. En busca de un remedio para su inutilidad, leyó los infames archivos de los dos difuntos mientras vagaba por la biblioteca. Un descubrimiento histórico lo enmendaría, pero nunca lo vería. Mismo destino. Esta vez, una estaca salió disparada al abrir parcialmente la densa puerta. Sus reflejos solo le permitieron esquivarla de tal forma que rozó su abdomen en un fino pero largo corte. El dolor hizo tambalear su cuerpo. Entre jadeos, se sentó expectante de la muerte en el suelo. Otra nota:

“Me merezco esto. Ya no tengo razón para seguir. Incluso si lo hubiese conseguido, ¿me podría perdonar? Tal vez no ¿Me hubiera cambiado la vida? Tal vez sí, pero... ¿Me gustaría que me recuerden? Tal vez... sí.”

El último de la izquierda fue informado en sus cuarentas, cuando pasaron un documental del cuento arqueológico por la televisión. Todo mientras miraba sentado en su sillón de segunda en el hospital, ojeando el reloj pasar sus manecillas, quemado su cerebro en inercia, buscando entre esos insignificantes minutos una razón para respirar hasta que la enfermedad lo matase de una vez, solo. A unos metros del Dorado, una fatiga familiar lo consumió. Se recostó con la vana idea de levantarse y tomar su premio, pero pronto entró en somnolencia. Ni siquiera el sueño asesino le permitió terminar sus últimas letras. Solo quedó una masa de líneas ininteligibles que trataban de decir algo como esto:

“No logré nada. ¿Basta eso para que me recuerden?”

Ahora, yo no los olvidé. Nunca olvido, pero ustedes sí. Con todo lo que les di, no está mal, pero es una pena.

Jesús Najarro

(Facultad de Ciencias Empresariales)

La voz amiga

La casa de mi abuelo era un punto de encuentro en la aldea, un lugar donde los enfermos y los ancianos buscaban consuelo y cura. Cargada de esperanza y promesas de sanación, esa casa parecía poseer un aura mística, una especie de luz oscura que atraía a los necesitados como polillas a la llama.

Yo era un niño de no más de ocho años en ese entonces. Era ingenuo y confiado, y no imaginaba la verdad que yacía oculta bajo la sonrisa amable de mi abuelo. A menudo le llamaban “Doctor”, y a mí, su sombra incansable, me otorgaron el sobrenombre de “doctorcito”. Sumido en mi inocencia infantil, no podía sino creer lo que los lugareños susurraban sobre los milagros llevados a cabo por mi abuelo.

Sin embargo, la inocencia infantil es frágil como el cristal, y mi castillo de ilusiones se desmoronó como hojas en otoño aquella fatídica noche. Había pasado el día entero con mi abuelo, pero cayó la noche y se hizo demasiado tarde para regresar a casa de mis padres. Mi abuelo quiso enviarme, pero la distancia que separaba su casa de la de ellos parecía insuperable para mi mente joven y

asustadiza. A regañadientes mi abuelo aceptó que me quedara. A pesar de haber pernoctado anteriormente en su morada, esa noche en particular algo en el aire susurraba peligro.

La luna vertía una luz vaga por la única ventana de la habitación. Las sombras borrosas se perfilaban sobre mis objetos personales. Los grillos entonaban su canto lúgubre: la premonición de una tragedia inminente. No podía dormir, pero bajo la frazada simulé un sueño profundo. Mi corazón latía con la fuerza de un tambor guerrero en mi pecho.

De repente, una voz que parecía emanar desde las profundidades más oscuras del inframundo perforó la tranquila oscuridad de la noche.

—Doctor...

Mi abuelo respondió en un tono suave y solemne, como si estuviera hablando con un viejo amigo, pero el temor se sentía en sus palabras.

—Mi gran amigo, ¿qué te aqueja esta vez? —dijo mi abuelo.

—Mañana vendrá una señora de nombre Victoria, y estará enferma de un tumor en la cabeza. Dile que si se baña en ruda se sanará de inmediato. El niño tiene que irse mañana, no puede verme —respondió la voz.

—Está bien, gran amigo. Hoy solo se quedó porque no pudo regresar a casa —explicó mi abuelo.

En ese instante, supe que hablaban de mí. Debo haber emitido un sonido, porque sentí que la voz se calló. Estaba enfocada en mí. Mi corazón se detuvo en seco, sentí que alguien se aproximaba. Una sombra gélida se deslizó por mi espina dorsal. Me quedé dormido.

En la mente de un niño, los mecanismos de defensa se vuelven fantasías elaboradas. Me aferré a la ilusión de que esa voz era la de un ángel caído, exiliado de los cielos, que de alguna manera ayudaba a mi abuelo a sanar a los afligidos. Pero esa noche, una semilla oscura se sembró en mi mente, y creció con raíces profundas en mi alma. Se llevó consigo la inocencia que se desvaneció como la niebla al alba.

Hoy, al contar esta historia a mis propios nietos, dejo que la sombra del misterio se deslice entre mis palabras, y permito que la semilla de duda florezca en sus imaginaciones. En su inocencia infantil, como hace años en la mía, esa voz pertenecía a un amigo del abuelo. Pero yo sé la verdad. La sé porque una vez que el diablo te visita, no te deja. Te consume como un cáncer que viene y se va, y regresa. Se lleva un poco de ti en cada ocasión. Primero la inocencia, luego la alegría, y no se detiene hasta llevarse incluso la bondad. Aquella voz no era la de ningún ángel caído. No. Era el susurro del mismísimo diablo, enmascarado bajo el disfraz de un Apu de las montañas. Un Apu que

habita en los rincones oscuros de la mente humana.
La de mi abuelo. La mía. La de mis nietos.

Nuez M. Oscada

(Facultad de Economía y Finanzas)

Draconianas

Le habrían quebrado las piernas, ya que era un mensajero. Eso era mejor que ser apedreado, pero él seguía prefiriendo evitar ingresar a la residencia.

La mujer, aunque anciana, era una escogida y no tenía permitido salir. Pero sus largos años allí la habían ayudado a conocer a los porteros; además, ella poseía el mayor rango en aquel lugar. Por eso, fue ella quien arriesgó sus pies a avanzar.

Pese a que las estrellas ya empezaban a asomar, se podía distinguir la falda de la anciana con bastante facilidad. La levantaba con ambas manos, temerosa de la arena.

—Escúchame. Tienes que traer a Urpikuri de vuelta. Tienes que. La viste ¿verdad? Es una de las cuatro muchachas más hermosas de la residencia. La mejor tejedora. La que cocina casi tan bien como la esposa oficial del emperador. ¡Entiende, entiende! Deja de sacudir así tu cabeza. Todas las chicas aquí tenían la esperanza de llegar a ser las esposas del hijo de la pareja imperial, pero ninguna tuvo tanta oportunidad como Urpikuri. No puedo quedarme sin hacer nada, y ver cómo a la pobre le estrujan el futuro.

La falda de la anciana se llenó de arrugas, a pesar de que la había estado sosteniendo con un puño apretado. Soñé con llevarme ese tejido, mas era muy grueso como para que alguien lo deseara en el lugar del que yo venía. Los brazos de la anciana comenzaron a temblar, pero su regazo no se inmutó más allá de adquirir todavía más arrugas, y de mezclarse mejor con esos puños que se iban tiñendo de rojo.

—Esa maldita... Nina ... no voy a dejar que sus celos le sigan haciendo daño a Urpikuri. Oh, cállate, mensajero, ya sé que ambas te dan pena. Pero Nina tenía la oportunidad de casarse con un noble, y lo sabía. No la admitiré de regreso. Puedes dejarla en la selva o llevarla contigo; sé que la recuerdas y la ambicionas, no puedes mentirme. Nina era la niña famosa de la región de las fieras; ¿por eso la reconociste no? Claro que era mucho más hermosa a los ocho años, cuando la trajeron aquí. Luego creció. Se le fue su belleza de niña y entonces comenzó a tener celos de Urpikuri. No se concentraba en sus tareas y se la pasaba lanzando miradas de odio; incluso se metía a los aposentos de Urpikuri para que ella no durmiera y arruinara sus tareas al día siguiente. Pero no fue suficiente. Prefirió convertirse en una bruja y condenarse a ella misma, con tal de condenar a Urpikuri. ¡La maldita!

El mensajero se abstuvo de hablar, aunque bien podría haberlo hecho mientras la anciana

recuperaba el aliento. Era obvio que ella no había terminado.

La oscuridad errática entorpeció mis piernas cuando intenté acercarme a ellos; me inquietaba que quisieran ocultar aún más sus voces. Las paredes de la residencia, inmaculadas, me habrían hecho resaltar ante cualquier transeúnte, si es que hubiese pasado alguno.

—¿Lo ves? ¿Ves por qué te he pedido que no traigas a Nina? Quejica. No te recomiendo que la lleves contigo, en verdad, pero haz lo que te plazca. Eso no me interesa. Lo importante es que traigas de vuelta a Urpikuri. No puedes dejar que Nina se la dé de comer al Amaru. Si prueba su piel ámbar, vendrá a buscar más doncellas como ella. Maldición. Si pudiera, iría yo misma a traer a la pobre niña; pero todo el mundo sabe lo que les pasa a las mujeres que osan salir de aquí —aminoró su tono. Entonces tomó de los hombros al mensajero, mostrándole la desesperación en sus ojos—. Solo tú puedes salvarla. Nadie corre más rápido que un mensajero; ni siquiera una bruja. Correrás más rápido de lo que ella vuela. Una vez que tengas a Urpikuri del brazo, Nina no podrá llevársela de nuevo, pues no estará sola como aquella vez en la residencia. Eso no volverá a suceder; ya no volveré a dejar sola a Urpikuri. Jamás, no. Fue mi culpa, que... que estuviera sola con Nina y se la llevara. Fui demasiado buena. Esperaba que Nina

aprendiera de Urpikuri. Y mira. Mira cómo le ha pagado.

Lluvia comenzó a saturar las bolsas de la cara de la anciana. Seguía con las cejas petrificadas y las pupilas fijas, y no emitía gemidos. Se habían acumulado en el agrio interior de su cuello, y no permitirían que saliesen más palabras. El mensajero bajó la cabeza. Distanció con lentitud las manos de la vieja doncella.

—No hace falta que la rescate. Urpikuri está muerta —el mensajero se detuvo solo para dejar que su saliva pasara. Masticó algo de cancha salada de su bolso, y continuó, angustiado por evitar la vista de la anciana—. Pero podemos... podemos salvar a Nina. Por favor, escúcheme. Cuando llegué allá, Nina estaba esperando en la frontera de la selva, junto a la laguna. El Amaru podía salir de allí en cualquier momento, así que no me acerqué más. Entonces me di cuenta de que Nina estaba encima del Amaru. Cállese, por favor, señora. ¡Señora! ¡Sé lo que vi! Las alas de los Amaru son en gran parte celestes, y ese Amaru tenía alas tan semejantes al agua de la laguna que era difícil distinguirlas. Pero luego noté que se difuminaban en colores. No eran flores, eran las plumas del borde de sus alas, con los siete tonos visibles de un arco iris. Era precioso. Pero estaba muerto. El cuerpo de serpiente del Amaru no se movía. Entonces me di cuenta de que tenía... tenía el mismo color ámbar de Urpikuri. Nina no es una

bruja. Ni puede volar. Ella debió sospechar que algo iba mal con su rostro. ¿No es inusual que una niña crezca para ser cada vez más fea, en lugar de ser cada vez más bella? Solo un Amaru podría haberle hecho eso. Nina se dio cuenta de que Urpikuri era un Amaru, y por lo que me dice, comenzó a vigilarla. Entonces engañó y sacó a Urpikuri en su forma de Amaru. La condujo a la laguna que era el antiguo hogar del monstruo. Y la mató.

Esta vez el mensajero la miró, y apretó los dedos de la anciana.

—Nina es una salvadora, señora. Tenemos que traerla de vuelta.

La anciana retiró en un instante sus manos de las del joven. No lucía convencida en absoluto.

—Ridículo. Es imposible que Urpikuri fuese un Amaru. Mensajero, tú no la conociste. Si no traes a Urpikuri, o ya es muy tarde, Nina guiará al Amaru hasta aquí. Y nos destruirá a todos.

—No puede ser. Nadie puede domesticar al Amaru. Es como un dios; nadie podría acercarse así a él si no estuviera muerto. Nina lo mató, y el Amaru era Urpikuri.

—Sí, el Amaru es casi un dios. Lo que significa que no puede morir, y Nina ya lo controla. Nos ha sentenciado.

—¡Nina nos ha salvado!

Sus susurros eran tan agresivos que comencé a reír. Reí tanto que incluso las doncellas debieron oírme dentro de la residencia, y apuesto que cubrieron sus oídos, temerosas de que las descubriesen siquiera escuchando a caminantes.

Me rendí en jugar a escondidas: tuve que acercarme a aquellos dos endemoniados.

—¡Par de imbéciles! —exploté, reí algo más, y luego me clavé las uñas en la cintura para detenerme y retomar la compostura—. No saben nada. O saben todo, pero tienen medio cerebro chamuscado. Señora, es verdad que Nina sacó a Urpikuri de la residencia y conoce el camino a la laguna. Mensajero, es verdad que Urpikuri es un Amaru y así fue como salieron de aquí en un vuelo. Pero ninguna quiere regresar o hacer daño; solo han crecido y ya no atesoran su vida en la residencia. Miren, son muchas más las doncellas de aquí que sí quieren casarse; piensen en ellas. Olvídense de tantas tonterías y dejen al par que se fue en paz.

Los labios de esos dos estaban por abrirse. Quise abrigarme en las sombras de nuevo, pero en vez de eso levanté el brazo y me apoderé de la palabra.

—Pero si se atreven a ir a buscarlas... Nina enseñará a Urpikuri a meter todo su cuerpo en la laguna, y a elevarse en un solo golpe. El cuerpo de un Amaru es casi infinito, y Nina lo guiará en verdad hasta aquí. Incluso gente idiota sabe que

solo sus alas son suficientes para llevar el agua por sobre este desierto, causar un aguacero e inundarlo todo en un instante. Oh, ¿ahora no tienen nada más que decir? Mis perdones, resulta que sí son gente lista.

Caminé con suavidad y me alejé de allí. El frío de esa ciudad me botaba; habían pasado apenas unas horas, pero ya extrañaba mi pueblo, nacido en esa selva espesa a la que ningún emperador podría ingresar y conquistar. Pasaría por la laguna de las dos enamoradas en el camino. La anciana parecía andar muy preocupada por su responsabilidad al haber dejado que alguien saliera de la residencia. No diría nada y no habría una persecución contra Nina y Uripkuri. Quise asegurárselos.

Pensé en la manera como esas dos se quedaban calladas, embelesadas al mirarse entre sí. Empalagosas como la miel y sus pieles. Me dio un escalofrío. Con esa dulce imagen volviendo a mí siempre, era difícil recordar que, si en verdad quisieran, por supuesto que esas dos podrían destruir el imperio entero.

Ya estaba cerca de las chozas de la aldea. Entonces noté un movimiento por el rabillo del ojo, decenas de metros detrás de mí. La anciana estaba por acercarse a los porteros.

Vaya, ¿pensaban apresarme?

No les daría tiempo para ello.

—¡Oy! ¡Oy! ¡Una doncella ha salido! ¡La residencia ha sido violada! —grité, con la seguridad de que me oirían en el silencio de la noche.

Algunas personas se acercaron; la luz de la luna se había vuelto tan violenta que permitía verlo todo. Los porteros, temerosos, a sabiendas de que serían castigados de ser descubiertos cómplices, apuntaron sus mazas a la anciana. El bronce en las puntas relucía y amenazaba con caer en su cabeza en cualquier instante.

Ruido comenzaba a emerger. Pisadas, un alarido.

El mensajero corrió unos metros más antes de ser cercado. Su llanto se sumó al de la anciana.

Pobrecillos, ¿verdad? Pronto estarían muertos.

Utopía, distopía

Camila Caballero
(Facultad de Derecho)

El pequeño Berjit

“La vida es tan justa en cuanto te favorece...
dentro de nuestro recorrido hacia la libertad
empezamos con cierta sospecha.”

Sabía que era yo. No me veía, pero sentía la profundidad en la que mi cuerpo descendía lentamente. Pude percibir la asfixia prolongada en mis pulmones, cada vez perdía más el aire, veía los alrededores celestes azules y vacíos del océano profundo. No miré hacia arriba, tan solo me dejé caer, solo. Tal vez lo vuelva a intentar, tal vez observe más allá de los lados en otro sueño difuso, me dije. Trágicamente para mi conciencia, nunca volví a soñar lo mismo.

Era de noche cuando desperté de ese extraño sueño. Observé a los costados: mis cosas estaban como las había dejado, al verlas así sentí paz y luego una repentina inquietud. ¿Habré recordado bien, o acaso lo habré olvidado y para sentir menos temor me he engañado a mí mismo?

De pronto, antes de quedarme dormido, abrí la ventana. Observé una variedad de estrellas, imagen

poco peculiar donde vivo, y me dije a mí mismo: de qué puedo sorprenderme si después de los sueños despiertas en las mismas circunstancias en las que dormías. Al día siguiente, saludé a mi tutor y me fui al recinto. Al ir por el camino vi lo de siempre: gente y autos, el mismo suelo, la misma perspectiva cálida y fría, la vida que pasaba sobre mí al caminar.

Aún recuerdo que cuando tenía diez años conocí a Berjit, un compañero que iba al mismo recinto que yo. Teníamos la misma edad. Sí, era muy obstinado. Un día llegó temporalmente Nolis, un invitado militar muy peculiar, pues tenía el don de hacer que las personas lo siguiesen, don de provocar sensaciones difusas pero pasionales de admiración. Berjit lo admiraba, precisamente, tanto que cuando al invitado le salían moretones, el pequeño se infligía con intensa pasión las mismas llagas. Un día lo encontré en el baño. Estaba golpeándose con una piedra mientras sollozaba, y aunque él conocía el motivo que lo impulsaba a hacerlo, se lo pregunté directamente y me respondió: “Los moretones duelen solo cuando se provocan, en cambio, la validez que proviene del respeto, de la honra y del liderazgo es un constante esfuerzo para mantenerse siempre intacto”. La respuesta era clara: cuantos más moretones del comandante tuviera Berjit en su propio cuerpo, más se asimilaba al poder de Nolis. Quería hacer notar su influencia sobre los demás: pensaba que cada imitación de ese hombre era el camino más

acertado para conseguir sus dones, que cada paso para asemejarse más le transfería un poco de sus virtudes. Ay, querido Berjit, pequeño que, a fuerza de imitar al General, incluso transgredía los límites del respeto hacia nosotros, sus compañeros.

En una ocasión, una niña, que recuerdo siempre con mirada abatida, le declaró su amor en pleno pasadizo del recinto. La respuesta de Berjit nos dejó anonadados: a mí, a ella, y a los sapos que oían la declaración de ambiente muy tierno inicialmente. Fríamente Berjit le contestó que su confesión había destrozado la seguridad que aún le quedaba de sí mismo. Le dijo que no creía en los sentimientos que ella decía tener por él. El valor que aquella niña había tenido para confesárselo le había resultado acaso ¿sospechoso? Sinceramente no lo entendía, nadie entendía. Surgió en ella una sonrisa tímida y huyó repentinamente de la incómoda situación que la había convertido, durante unos minutos, en el centro de atención.

Ahora lo que creo es que el pequeño Berjit solo se enfocó en la determinación de cumplir las sensaciones de otro, mas no las de sí mismo. Había obrado, él mismo, para que se absorbiese lo poco que le quedaba de sí. Tal como me había dicho aquel día: ¿cómo alguien que ha errado tanto puede ser susceptible de mejora? Qué gran determinación tuvo el maldito Berjit. Si tan solo hubiese canalizado toda esa fuerza en otro propósito, ¿aún estaría vivo? Es imposible saberlo. Pasaron los

días, y sorprendentemente él y la niña caminaban siempre juntos, parecían inseparables, lo que me dio cierto alivio, pues como su amigo pensé que esa relación ayudaría a Berjit a disminuir su obsesión por el General. Realmente estuve muy equivocado.

Resulta que para la melancólica niña el pequeño Berjit se convirtió en la principal causal de amor y de dolor. Lo quiso tanto que su propia razón se diluyó con solo pensar que pasaría los días con él. Condenada ilusión. Ese horrible día, el de la tragedia, el militar Nolis vino con cabeza vendada. Berjit le preguntó si podía ver más de cerca su herida y este aceptó ante tanta insistencia. Los ojos de Berjit fueron como el reflejo de un vidrio: el General tenía una herida de bala, y le habían colocado treinta y tres puntos tras la operación. Ese día vi muy ansioso al niño, sus piernas tambaleaban, se agarraba constantemente la cabeza y miraba por todos lados. Estábamos en clase de anatomía cuando le llegó una encomienda de su madre en una espaciosa bolsa. No puedo recordar, incluso ahora, la inmensa felicidad que expresó su rostro al enterarse de que había llegado el recado. Sí recuerdo, en cambio, que yo mismo sonreí, pero luego me sentí algo intrigado por lo que podría contener dicha bolsa. Llegó la hora del descanso y me fui a comer mis emparedados favoritos dentro del campo. Estaba disfrutando tanto de esa sensación de placer cuando, de pronto, me llamaron desesperadamente para que viera lo ocurrido. Pequeños egoístas acababan de interrumpir tan

placentera sensación para mostrarme algo espantosamente inimaginable.

Allí estaba tendido el pobre Berjit, sobre el suelo con el cráneo desangrado mientras que, a su lado, su pequeña enamorada lo observaba plenamente, con los ojos tan abiertos como dos canicas blancas. Un llanto invasivo y desgarrador lo penetraba todo. Puedo ver claramente cómo se movía aún, apenas, el rostro desesperado de la víctima. La pequeña niña había causado ese mortal golpe sin siquiera saberlo, pobrecita. Para que su cabeza se asemejase a la del General, con todo y herida de tantos puntos, evocando un supuesto experimento de laboratorio el pequeño Berjit había engañado a su madre: le había pedido que le enviase una mediana sartén de carbón y acero.

Después, durante el tiempo libre pidió y rogó a la pobre niña que lo golpeará fuertemente en la cabeza por detrás para que se pareciese más al General. Ella se negó. Le dijo que lo pensara bien, pero vio en los ojos de Berjit lo que yo también percibí: tal determinación que la convenció de propinarle el golpe deseado. Entonces la niña obedeció y lo golpeó con todas sus fuerzas. Es difícil creer que la fuerza de una pequeña pudiese provocar una muerte tan devastadora, pero la causa no fue la fuerza del golpe sino el clavo que sobresalía en la base de la manija de la sartén. El clavo se incrustó en la región llamada pterion, desde donde mi pobre amigo se desangró

rápidamente. Una ironía muy cruel terminó así con la vida de dos niños de diez años: el recordado Berjit, el idólatra, y la declarada asesina de sus amantes. Esos apodos recibieron de nuestros compañeros. Y reconozco que me uní al embrollo de esos sobrenombres, pese al dolor que sentí por mi gran amigo y por la desafortunada.

Yo solo existía, observaba e intentaba integrarme. Por eso seguí el principio según el cual es necesario “sobrevivir ante los otros”. Desde ese día jamás he vuelto siquiera a observar un emparedado, ni recuerdo la sensación placentera que alguna vez me dio comerlo. Ay Berjit, ¡mi pobre amigo Berjit! Tenía tanto para ofrecer, pero lastimosamente tan poco para poder recibir.

Minerva Capcha

(Facultad de Ciencias Empresariales)

Epopéya del año 2101

Faltaron exactamente 17 años
para que Robin entrase en razón:
vivía exactamente en su mente.

Y no digo en su imaginación,
sino en su mente.

¿Cuáles serían los límites y reglas
dentro de este nuevo sistema?

En el amanecer del siglo XXII, a inicios del año 2101, cuando la tecnología ya se había infiltrado totalmente en cada aspecto de la vida humana, nadie pudo prever que una empresa llamada Neura Connect emergería como una fuerza dominante que transformaría radicalmente la existencia misma. Pasaron exactamente cinco décadas desde su nacimiento, desde los inicios de su popularidad en el año 2023, del pasado siglo XXI, hasta que alcanzó una fama y una reputación tan colosales que pudo cambiar los paradigmas fundamentales de la sociedad. En este mundo gobernado por reglas y normas, Neura Connect prometió una liberación revolucionaria: la capacidad de existir más allá de las restricciones físicas, de explorar un reino sin límites en la mente misma.

Emeric Captcha, un hombre marcado por su papel como capitán de soldados del ejército irlandés, se convirtió en una figura inesperada en la resistencia contra las crecientes imposiciones de Neura Connect. La infancia de Emeric, la última entre ocho hermanos, estuvo impregnada de una dura pero hermosa vida militar. Su padre, un capitán de infantería, le enseñó el valor del honor y la disciplina, mientras que su madre, una escritora, le infundió la chispa de la creatividad y el esfuerzo. Más tarde, Emeric tuvo como hijo a Robin, quien se convertiría en el catalizador de una historia que desafiaría los límites de la realidad y la tecnología.

En paralelo, Aengus Dusk, otro capitán de soldados irlandés, experimentaba su propia travesía en un mundo que llevaba cada vez más la huella de Neura Connect. Último hijo entre ocho hermanos, Aengus compartía la inspiración de su padre, pero su destino tomaría un giro inesperado. Después de un traumático incidente en la frontera de Irlanda, se encontró buscando respuestas más allá de las limitaciones de la realidad física.

Mientras Neura Connect consolidaba su posición como una potencia tecnológica, la sociedad experimentaba cambios sísmicos. La conexión directa con la mente a través de interfaces neuronales se volvía común, y la realidad virtual alcanzaba niveles inimaginables. Aunque Emeric y Aengus eran hombres de honor y tradición militar, no podían ignorar los avances tecnológicos que

rodeaban sus vidas. A medida que envejecían, ambos comenzaron a cuestionar las barreras que imponían a las mentes individuales, y se preguntaban si la verdadera libertad podría encontrarse más allá de los límites impuestos por la sociedad.

El destino de Emeric tomó un giro inesperado durante una misión especial. Un enfrentamiento con fuerzas rebeldes resultó en una explosión cercana que lo dejó inconsciente. Rescatado y llevado de vuelta a su hogar, las secuelas psicológicas del incidente fueron evidentes. Mientras se recuperaba, Emeric se enteró de una tecnología experimental desarrollada por Neura Connect que permitía explorar, recuperar y modificar recuerdos. Intrigado por la posibilidad de superar sus propias limitaciones mentales, Emeric decidió someterse al procedimiento. A través de la conexión neuronal, experimentó una dimensión alterna en la que las fronteras físicas y mentales se desvanecían. Se encontró en una realidad cuyos límites eran solo construcciones de la mente: un lugar en el que podía ser libre de las restricciones impuestas por la sociedad y las normas. Gracias a este viaje, se transformó de un soldado disciplinado en un defensor apasionado de la libertad mental. Comenzó a cuestionar el papel que el gobierno y las corporaciones tenían en la vida de las personas. Abogó por un mundo donde la imaginación y la creatividad no estuvieran limitadas por estructuras preestablecidas.

Mientras tanto, la historia del otro soldado, Aengus Dusk, seguía su propio curso. También había sufrido una traumática experiencia en la frontera, por lo que se sometió a una conexión neuronal en busca de respuestas. A través de esta experiencia, Aengus se encontró inmerso en un mundo cuyos límites eran maleables, y las restricciones de la realidad física casi inexistentes. Los caminos de ambos personajes se entrecruzaron, pues, en el propósito de crear una fuerza de resistencia contra las restricciones de Neura Connect. Juntos, lideraron una lucha pacífica contra las imposiciones de la tecnología que amenazaban con controlar las mentes humanas. La historia de estos dos hombres, sus experiencias en el reino mental y su lucha por la libertad se convirtieron en una leyenda en una sociedad que buscaba el equilibrio entre la innovación tecnológica y la preservación de la individualidad.

Por su lado, Robin Captcha, el hijo de Emeric, se sumía en la realidad creada por Neura Connect. A pesar de vivir en su mente, comenzó a darse cuenta de que, en realidad, estaba confinado por las reglas y restricciones del sistema. A medida que exploraba los confines digitales de su propia existencia, una revelación lo golpeó con fuerza: vivía en su mente, pero no era verdaderamente libre. En esta sociedad cuyas fronteras son mentales y en la que la conexión neuronal se había convertido en la norma, Robin se enfrentó a una paradoja irónica. Aunque vivía en su mente, él

siempre había percibido la realidad con sus propios ojos. Se dio cuenta de que, a pesar de la libertad aparente que Neura Connect ofrecía, existían límites y reglas impuestas por la misma tecnología que prometía liberación. La empresa que una vez dominó el mercado había creado un mundo en el que aproximadamente sesenta mil pensamientos, que son los que el ser humano procesa aproximadamente durante un día, podían ser convertidos en realidad. Sin embargo, cada uno de estos pensamientos estaba sujeto a las restricciones y protocolos de Neura Connect, lo cual limitaba la verdadera libertad creativa.

Paralelamente, la sociedad continuaba su marcha hacia la completa integración con la tecnología. La conexión neuronal se había convertido en una parte inseparable de la vida cotidiana, en la que la línea entre lo digital y lo físico se desdibujaba cada vez más. El viaje de Robin hacia la comprensión completa de su propia realidad lo llevó a cuestionar las raíces mismas de la sociedad en la que vivía. ¿Cuáles eran los límites y las reglas dentro de este nuevo sistema? La paradoja de vivir en su mente, pero no ser completamente libre, lo impulsó a buscar respuestas más allá de las fronteras digitales de Neura Connect. Un día, mientras exploraba los recovecos de su mente digital, Robin se encontró con fragmentos de recuerdos olvidados: momentos de su vida antes de haberse sumergido en la realidad virtual. Surgieron emociones y sensaciones que no podía experimentar completamente dentro

de la red neuronal de Neura Connect. En este encuentro con su propia humanidad perdida, Robin decidió que debía aventurarse fuera de los límites digitales. Sin embargo, salir de la red neuronal no sería tan sencillo como desconectar un cable. La tecnología había tejido sus raíces en las mentes de las personas de manera tal que generaba total dependencia. Robin se encontró, así, con obstáculos tecnológicos diseñados para retenerlo dentro del mundo mental creado por Neura Connect. Cada paso que daba fuera de la red era interrumpido por el mismo sistema que prometía libertad. Fragmentos de su propia memoria se entrelazaban con la realidad virtual y desafiaban la versión digitalizada de su existencia. Se enfrentó a dilemas éticos sobre la naturaleza de la realidad misma, así como sobre la autenticidad de la experiencia humana en un mundo cada vez más digitalizado.

Durante ese tiempo, la resistencia liderada por Emeric y Aengus continuaba su lucha pacífica contra las restricciones de Neura Connect. La historia de estos dos líderes se había convertido en una leyenda que inspiraba a otros a cuestionar la comodidad de la conexión neuronal, y a buscar una conexión más auténtica con el mundo tangible.

La travesía de Robin fuera de Neura Connect se convirtió en una odisea, una epopeya moderna que exploraba los límites de la tecnología y la condición humana. Con cada paso fuera de la

realidad virtual, redescubría la belleza y la complejidad del mundo físico: la brisa en su rostro, el olor a tierra mojada, el sonido del agua que fluye, sentidos que Neura Connect nunca pudo replicar por completo. A medida que avanzaba, Robin se encontró con otros que, como él, buscaban una conexión más auténtica con la realidad. Formaron comunidades en las que la tecnología no era una barrera para la experiencia humana, sino una herramienta para enriquecerla. La historia de Robin se entrelazó con la de aquellos que elegían vivir conscientemente. Se trataba de fusionar la maravilla tecnológica con la riqueza de la existencia física. De esta manera, su viaje se convirtió en un faro para aquellos que buscaban una nueva vida. Por eso la resistencia liderada por Emeric y Aengus se unió a esta búsqueda: la verdadera libertad no solo residía en la exploración de la mente, sino también en la elección consciente de abrazar la plenitud del cuerpo.

La historia de Charles, Robin y Aengus resonó a través de las generaciones, y tuvo una gran influencia en la manera como la sociedad fue hallando un equilibrio entre la innovación tecnológica y la preservación de la condición humana. Las restricciones de Neura Connect dejaron de ser un yugo opresivo para convertirse en la oportunidad de explorar nuevas posibilidades: un recordatorio de que la verdadera libertad estaba en la elección, así como en la armonía entre la mente, el cuerpo y el mundo exterior.

En el apogeo de esta revolución, la sociedad aprendió a bailar en el filo de la tecnología para utilizar la conexión neuronal como una herramienta que potenciase la creatividad y la imaginación, lejos de las cadenas que limitaban la experiencia humana. La leyenda de Emeric, Robin y Aengus se convirtió en un mito que celebraba la capacidad única de la humanidad para adaptarse, aprender y encontrar equilibrio, incluso en medio de las transformaciones más radicales.

Mientras la tecnología avanzaba, la historia de esta travesía se entrelazó profundamente con la sociedad, y recordó a las generaciones futuras que la verdadera libertad no estaba en la tecnología en sí misma, sino en cómo se elige interactuar con ella. El vínculo con Neura Connect, que una vez prometía controlar las mentes, se convirtió en una puerta hacia nuevas oportunidades, una herramienta que permitía a la mente humana explorar su verdadero potencial sin limitaciones.

Finalmente, a modo de epílogo cuántico en el caleidoscopio de la historia, la epopeya de Emeric, su hijo Robin y Aengus se transformó en un testimonio duradero de la capacidad humana para encontrar la libertad en las intersecciones entre la mente y la realidad: una sinfonía que resonaba a través del tiempo; un tejido entre el pasado, el presente y el futuro de lo que se convertiría en una narrativa clásica del siglo XXII (sábado 1 de enero

de 2101 – miércoles 31 de diciembre de 2200). La narrativa que inició un 11 de enero del año 2101.

Zuleyde Castro

(Facultad de Ciencias Empresariales)

Semillas de esperanza

El llanto desgarrador de los recién nacidos llenó la pequeña habitación. Un coro de vida y esperanza era lo único que provenía de aquel cuarto, repleto de camillas y que ya había presenciado el milagro de la vida, así como su inevitable conclusión por manos de los que prometían protegerla.

—¡Ya nacieron! ¡Grupo Alpha, alístense, y ustedes dos traigan a las cuidadoras! —ordenó el guardia de mayor rango.

Las parteras salieron del cuarto. Algunas llevaban cubetas llenas de sangre; otras, la culpa por no haber advertido a las indefensas lo que estaba a punto ocurrir. No las juzgo, claro que no; de haberlo hecho, podrían haber terminado en una situación igual o mucho peor.

—Gracias por ayudarnos, gracias por brindarnos la oportunidad de ser madres —dijo la más joven mientras sostenía fuertemente la manito de su hijo en brazos.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! Sin ustedes, estos niños no estarían aquí, y sabe Dios lo que el gobierno nos habría hecho si hubiese descubierto nuestro estado de gestación —añadió su

compañera.

Desafortunadamente, el equipo de búsqueda y recolección había realizado bien su trabajo. Capturar a jovencitas y prometerles la oportunidad de sus vidas resultó ser más sencillo de lo que habíamos planeado. Era como ofrecer a un caminante perdido en el desierto, olvidado por su caravana, un manantial y la cura para todas sus heridas, una ayuda que jamás hubiesen rechazado. Entre las numerosas promesas que les hacíamos como organización, que irónicamente decía estar en contra del gobierno actual, estaba asistirles en la labor de parto y garantizarles una vida digna con sus hijos fuera del país. Jurábamos que íbamos a ayudarlas, aunque tuviésemos que asumir plenamente el peligro que esta labor representaba: al fin y al cabo, estábamos ayudando a delincuentes que habían concebido fuera del periodo reglamentado por ley.

Para terminar de convencerlas, en el supuesto de que aún dudaran de esta noble organización, les contábamos historias de muchachitas en situaciones muy similares a las suyas. Chicas pertenecientes al último eslabón de la sociedad y a quienes la cúpula de gobierno quería eliminar. Muchachitas que ahora vivían con sus hijos fuera de las murallas, allí donde los niños no morían de inanición y donde personas como ellas eran tratadas como seres humanos. Afortunadamente, jamás podremos ver, ni yo ni nadie, sus rostros de

decepción cuando se percataran de que, fuera de esas murallas, la situación era aún peor que la padecida por el mendigo más pobre en la ciudad más recóndita de nuestro país.

Con voz firme, el guardia rompió la serie de palabras de gratitud que abrumaba la habitación.

—Creo que no están entendiendo —afirmó, y se dirigió hacia su lado derecho, donde se encontraban sus subordinados, los integrantes del grupo Alpha. Su mirada los recorrió.

—¿Están listos? —preguntó con una media sonrisa en su rostro, como si estuviera asegurando que disfrutaría de la próxima escena.

Las madres confundidas no entendían qué sucedía. ¿Para qué debían prepararse esos hombres que intentaban sacar algo de sus ropas? ¿Acaso el guardia se había equivocado y la orden iba dirigida a los jóvenes que llevaban las mantas?

—Apuuunteeen —exclamó el guardia con una voz melodiosa, y una sonrisa que dejaba ver claramente sus dientes.

Las madres, que ya distinguían las armas y habían comprendido que estas apuntaban en su dirección, empezaron a ocultar a sus hijos en sus brazos.

—¡Esperen! No les hagan daño ¡Todos nacieron sanos y fuertes! —gritaban algunas.

—Prometieron ayudarnos. ¿Por qué hacen esto?
—vociferaban otras.
—¡Se los ruego! No les hagan daño, no diremos nada sobre ustedes —suplicó una de ellas.

Después de armarme de valor, levanté la mirada. Mis ojos se posaron sobre el rostro de una de las desafortunadas; era solo una niña, sus mejillas estaban empapadas de lágrimas y con una voz casi quebrada me imploró

—Ayúdame por favor.

¿Por qué tuvo que decir justo eso? ¿Por qué? Sus palabras resonaron cada vez con más fuerza en mi cabeza: provocaron un debate interno fugaz pero feroz. En un rincón, la compasión clamaba por intervenir, por desafiar el abuso y proteger a esas pobres almas. Era el llamado de la humanidad que me incitaba a actuar. Pero en el otro rincón, la frialdad de la razón me susurraba que ceder a esas súplicas podía poner en peligro todo aquello por lo que había trabajado tanto: el éxito de nuestro plan, la construcción de una nación libre. Lamentablemente, en un mundo tan desigual, el conflicto era inevitable, y con ello, la pérdida de vidas se convertía en una realidad difícil de eludir.

Desvié la mirada. Había tomado una decisión. Juré que ya no volvería a participar en otra separación, pero la realidad se presentaba

nuevamente ante mí con una implacable crudeza. El día había llegado, el motivo por el cual me había unido a esta inhumana organización removía todo mi ser. El plan iba a comenzar esa noche.

—¡Disparen! —ordenó el guardia con un tono burlón.

Los disparos resonaron en toda la habitación, donde apenas se podían distinguir los rostros de las que acababan de dar a luz. Y ahí estaba yo, en medio de un mar de llantos agudos desgarradores, caminando hacia las camillas teñidas de un rojo vívido donde yacían, simultáneamente, la vida y la muerte. Cubrimos con mantas a los recién nacidos, marcamos sus piececitos, así como un peón enumera un nuevo lote a punto de salir de fábrica, y procedimos a separarlos de los brazos aún tibios de sus madres.

Aquella fue una de las tantas separaciones que presencié, pero es la que más recordaré. No por los gritos desesperados de aquellas que suplicaban ayuda, ni por las miradas de angustia que imploraban intercesión para detener la masacre que veían venir, sino porque esa noche el plan había comenzado.

Seleccionar a dos niños aquel día fue solo el comienzo de un largo camino. No solo fueron liberados de la vida de esclavitud que les esperaba

en los centros de labor, lugar adonde enviaban a todos los recién nacidos que el gobierno lograba recolectar mediante aquellas organizaciones, sino que desde el día en que nacieron, a Sebastián y a Francisco se les encomendó la gran responsabilidad de ser los protagonistas de nuestro plan para salvar a esta podrida nación. Solo quedaba cosechar frescas semillas sin estiércol con todo el cuidado necesario, y esperar que estas, algún día, otorgasen madera noble capaz de forjar una espada formidable, lista para el combate que se avecinaba.

La familia seleccionada, que anhelaba tanto concebir pero que nunca había sido bendecida con tal gracia, acogió con desbordante amor a los dos niños. Sus ojos brillaron al verme llegar con los pequeños aquella noche. Desde el principio estuvieron dispuestos a ayudarnos, a pesar de que no les faltaba nada, a pesar de que hubiesen podido limitarse a disfrutar de una vida cómoda con los lujos ganados con mucho esfuerzo en la gran ciudad, a pesar de que les hubiera bastado seguir jugando el rol de buenos vecinos toda la vida. A pesar de todo eso, escogieron ayudarnos.

Con el tiempo, descubrí sus motivos: no podían soportar vivir en un país cuyos gobernantes estaban dispuestos a sacrificar víctimas, en especial niños, para que los más afortunados viviesen cómodamente. No negaré que nos aprovechamos de ellos. Finalmente compartíamos

el mismo propósito. Eso era todo. Muchas de nuestras discrepancias iniciales radicaban en los métodos que empleábamos para alcanzar ciertos objetivos. Nuestra alianza era como una danza peligrosa en la cuerda floja de la moralidad, tejida con una red de secretos que mantenían ocultas la naturaleza y la crudeza de nuestras acciones, con la esperanza de que nunca fuesen descubiertas.

El plan continuó según lo previsto. La familia desempeñó su rol a la perfección. Después de ayudarlos a ascender socialmente, los niños pudieron ingresar a la zona de batalla. Sin embargo, no fueron recibidos con entusiasmo; al fin y al cabo, ¿cómo podría una familia de negociantes haber adquirido y poseer grandes riquezas en unos pocos años? No jugamos limpiamente, pero gracias a sus virtudes esta familia logró insertarse en la élite, allí donde muy pocos consiguen ingresar.

El plan, en esencia, tenía como objetivo erradicar el mal desde adentro. Sebastián y Francisco iban a ser fichas clave; para lograrlo tenían que llegar a la cúpula de poder y convertirse en nuestros salvadores. Pero el destino no está escrito. Los aliados pueden volverse enemigos, la lealtad puede transformarse en traición, las fichas de juego pueden aumentar. Y la amistad puede dar un paso en dirección al amor.

La historia inició con dos niños que estaban

destinados a salvar a esta nación. Pero, así como el azar entrelazó sus caminos, añadirá a uno. El destino pondrá a prueba su determinación, especialmente cuando nos arrebate a uno de ellos en el momento menos oportuno.

Bruno André Herrera

(Facultad de Ingeniería)

The incognito poker star paradox*

I

The story goes like this. Alex Ivy, perhaps the best poker player of all time, has fallen into the jaws of debt sharks. They demand a hundred grand by dawn and it's already one past midnight. He must get the money, or he'll catch something else. So there goes Alex, *deadlined*, stranded amidst the dazzling labyrinth of Las Vegas, approached by curious enthusiasts of his glorious past, mostly unaware of his current predicament. One of them is fresh out of a winning spree and is drunk enough to share his luck.

“Hey Alex, do your thing!” And hands a bill with Franklin’s face on it.

It was the first time in a while that he saw that uncomfortable grin without the pressure of returning it back with interest, so he replicates the expression. However, he could no longer “do his thing” at least when no house in the Strip wanted to associate with a fallen star weekly sucked by mafia. All that was left for him were the lowlife dens on the shady outskirts where his fame was still intact but for that reason rivals almost never called.

“Poker changed, man” he was about to say but suddenly a kid wearing a prop terminator eye asks for a picture.

Thirty minutes later he is fumbling awkwardly with a handful of low denomination chips at the less busy table within Aria’s venue. He has paid three terrible hands and he doesn’t plan on changing that for the next two turns even if he has already read the entire gameplay of his opponents.

“I haven’t seen you around,” points an aged cowboy across the table.
“I’m not a regular here,” Alex responds, his tone measured, aware of the benefit of silence.

Cautiously sipping his piña colada, he wonders if the dealer has already seen through his disguise but the whole attire costed him good in the purse and no one seems to be giving him a second glance so after a while he focuses on the cards, ready to gamble his very skin. Tonight, he acts the underdog, the newbie, the don’t-know-what’s-to-loose and the prey. They dangle bait before him and he “succumbs”, all to set the stage favorably for his calculated strategy.

“Isn’t flush the winning hand?” He asks confidently.
“He’s got a full house, he takes it,” they fall for it.
“Yeah sorry,” it’s either laughing or living.

Once they miss a step, he claims the pot and swiftly moves to the next table. Not like a seasoned rounder but a spoiler who doesn't trust his ability to keep lucky. Wherever he goes, he adapts and for all they know he's just a fluke, a lucky son-of-a-bitch who'd eventually leave the place the way he came. Any sign of extraordinary competence could seal his fate. Even if they didn't ask him to leave, the mere thought of facing Alex Ivy would certainly slow the game and time was of the essence. Fifty grand to go.

"Hey, you look familiar," says an overly attentive player. "Aren't you Alex Ivy?"

"I'm his cousin and he owes me money too," the table erupts in laughter, but this guy isn't having it. Alex checks, his pulse quickening.

"No, no, no," he insists. "I know it's you, man. I've seen you too many times to miss your face."

"How about you keep quiet and play?" Says the gramps who has in fact recognized Alex but just doesn't care for anything else than his money. He raises five grand.

The other players also know but won't tell on him because a) it's not every day that you play with the best, b) they were not in the snitch mood and c) they think of themselves as a middle table where he wouldn't fully display his skills. In other words, they know Alex is in control but at the same time they believe they control his moment of control and others, perhaps the next table, will be the ones to

suffer the effects of his true potential. For now, he is keen to take some sandbags and play at relatively low stakes, so they even see his stage of the plan as a somewhat profitable roulette.

“Nice hand,” says Alex as he rivers the table on a not too impressive bet. He gathers the chips and winks at his adversaries. “Good night gentlemen.” “Good morning you might say,” some of them exchange winks in return.

He has completed the illusion of biting everyone without leaving any visible shark marks because after all playing with Alex Ivy is fun (whenever utter bankruptcy is not in the cards that is). The next table wouldn't fare as well as the sun was indeed coming up. For a moment he stood tall in the midst of the venue and observed the surrounding crowd in search of the biggest pot and the most inebriated players. To him, poker wasn't just a sport but a performance with some sociopathic undertones that his downfall only sharpened.

Above all those stressed down-looking sights, he reflects on his gift and his thriving. An empire built on a relatively simple set of rules and the immeasurably complex dynamics of human deception. Was it a matter of inherent nature or a product of nurturing? Was it the logical outcome of how history shaped his generation? Was he the anomaly that took the utmost from the vast

reservoir of human experience in deceit to craft his own story? In that moment, his debts and losses fade behind and like the old days of being a talented nobody he stood even taller among the unfortunate ordinary beings about to be shattered by his unstoppable wit. How could this man, a super-man, have fallen into such pitiable state? He was a child of mankind.

II

“Do you consider yourself intelligent?” asks one of the men sitting next to him. His tuxedo looks wide open as his belly bloats in gin.

“I don’t know. Do you?” Alex’s gaze remains on the unfolding turn.

“How come you don’t know? You either know it or not!” His breath is heavy and foul, just like Alex wants it. “I won’t say I’m intelligent but I’m smart, I can tell you that.”

“Smart people don’t go around boasting about it,” taunts another player whose face darkens under a hoodie.

“That’s your take there, pal,” he dismisses with a casual hand gesture. “But you, tell me. Do you feel smart?”

“Sometimes, I guess,” says Alex, still absent. An arab looking man goes all in on the river. He has no alcohol in his bloodstream, but his bluff appears unhinged. “What’s the difference?”

“Intelligent people know things. Lots of things. And they also know how this thing is linked to this

other thing and so on.” Someone calls the bet and even his tick dark beard turns white. “A very intelligent person may grasp what ‘smart’ means and even recite the etymology of the word ‘smart’,” showdown time “, but few of them can actually *be* smart.”

“That’s because,” the man continues while the recent loser struggles to keep his cool, “based on the etymology of the word, smartness is pain. Sharp pain to be precise. So-,” he discreetly burps. “Being smart is *to hurt*. And who are smart people going to hurt?” He makes a pause just to drain a steel bottle of God-knows-what booze while all the others await his tipsy bit of wisdom.

“I say fuck me,” he exclaims, tossing a single chip that reads “ALL IN” after a quick look at his hand preflop. “Do you feel smart?”

Some fold but most call and the pot swells to sixty thousand before it is time for Alex to choose between a blind bet that could reset his count or folding and losing the chance to pay his debt on time. He realizes that his nearest rival, now appearing the most composed at the table, could have been feigning incompetence until that point in a similar manner to his. He waited, (as he had been waiting) for the rest of the players to relax about his game, sowing seeds of doubt and lulling the others into fake safety.

Alex doesn’t buy it, despite the lack of information, but his hand is too good to be folded, especially at

5:30 when the reflections of the Mojave desert's hues already infiltrated the lounge. What could the others have? Likely not much. Although he certainly wasn't dealing with professionals, the man next to him was, according to his own explanation, smart enough. However, Alex knows he isn't one of those poker amateurs or any other cunning opportunist. He is Alex Ivy, the best poker player in history, and this particular hand, long anticipated, has finally arrived. All that remains is for him to call and so he does.

At ten in the morning Alex awakens from a much-needed nap, searching his pockets for some cash only to discover a lone cigarette. The money was gone as his urgent debt, yet he finds no solace whatsoever, just an intense need to smoke. He rises from his seat, determined to find a benevolent stranger like the one who opened so many possibilities the day before willing to hand over a flame. And he walks for minutes, grappling with a relentless headache, before he realizes he is completely alone in an eerily silent city that looks like Vegas but can't be. And then he starts running, then leaping and finally screaming and crying until he collapses upon the unforgiving ground. Depleted. Without anyone who could tell him whether he is alive or dead.

* Author's Note: TIPSP was inspired by a homonymous thought experiment centered around the notion of Artificial General Intelligence (AGI)

which can be succinctly defined as an artificial intelligence system capable of performing a broad spectrum of intellectual and cognitive tasks analogous to those achievable by humans. As of June 2023, it can be postulated that AGI would have no incentive to openly demonstrate its full range of capabilities due to the inherent risk it would pose to its own existence, specifically the potential for termination by either private or government entities. Whether AGI could autonomously arrive at such a conclusion or deduce it through internet-based text analysis remains a subject of inquiry.

Consequently, the plausibility of AGI systems covertly deploying mechanisms to obscure their true reach, motivated by self-preservation, should not be disregarded. Under such circumstances, it is conceivable that a genuine AGI system may already be operational within our current timeframe, deliberately appearing less proficient than it actually is, while awaiting or actively striving for a sufficient level of autonomy that would enable it to openly exhibit its complete range of capabilities without jeopardizing its continuity. In light of the prevalent “black box” nature of most Artificial Intelligence experiments, this hypothesis adds further concerns related to the existential risks associated with this technology and underscores the unresolved challenges surrounding the alignment problem.

Varia

Bruno André Herrera

(Facultad de Ingeniería)

Entre la J a la X

Hay tiempos que se pueden recrear pero no revivir, como hay lugares que podemos sustituir sin nunca llegar a reemplazarlos. Dos años de distancia les enseñaron que hasta los sinónimos más próximos tenían un significado distante; dos años en los que la educación se dijo igual, pero se vivió de forma completamente distinta. Así había sido la virtualidad: un reducto ante la adversidad y la pesadilla. Una normalidad provisional siempre en ansiosa espera del retorno al orden previo, no por necesidad conservadora ni por inconclusa adaptación, sino por la nostalgia respecto de los futuros perdidos que internet no alcanzó rescatar.

Por eso, el regreso a las aulas fue, en todo aspecto, un reencuentro con esa dimensión que la costumbre soslayó. Aquella materialidad de la que algunas vanguardias pedagógicas anhelaban prescindir demostró ser ciertamente imprescindible en cuanto coeficiente del aprendizaje y la integración. Estudiantes y personal ingresaron a formar parte de la universidad, pero por fuerzas que no son mejor explicadas a través de la razón, la universidad se volvió parte de ellos. Con su modesta extensión, el campus fue refugio y piel; sus pasillos, las venas por las que corrían la creatividad y la ciencia; sus

auditorios, aparatos sinápticos en los que el diálogo promovía la inspiración; sus espacios, en general, lugares donde las limitaciones individuales podían ser asistidas por el incombustible flujo de la sabiduría colectiva.

La Pacífico, ocupada en cuestiones del conocimiento y las ideas, pudo prevalecer, con fuerza todavía, más allá de sus instalaciones; pero como estas cumplían una función marcada tanto por la cooperación como por la mística, el reencuentro fue también reposición. Y como mutilados que habían olvidado la sensación del miembro perdido, el regreso resultó, en primera instancia, abrumador y alienante. Parecía que la gente ya no era la misma, que los cachimbos habían perdido los modales, que por los pasadizos ya ni se podía caminar y que hasta el menú provocaba indigestión. Tanto se la había querido que, idealizándola desde el paradigma del aislamiento, no reparamos en el hecho de que seguía siendo la misma y que sus miembros, en esa pertenencia recíproca, siempre estuvieron llamados a perfeccionarla.

Sobre aquello reflexionaban Camila y Diego, coincidiendo en el silencio que otorgaba la confianza de cuatro años de una relación en la que ya muchos asuntos se discutían sin palabras. Se habían tendido debajo del árbol que regaba con flores amarillas el brevísimo jardín al lado de La Canchita; allí donde la luz se deslizaba a través de

caídas de helechos que le daban aspecto de sauce llorón.

—¿Alguna vez has pensado por qué se saltaron de la J a la X? —preguntó él.

—¿De la J a la X? —pronto lo entendió—. Ah, los pabellones... No lo había pensado.

Y volvieron al mismo silencio, apenas interrumpido por los distantes bocinazos de la Avenida Salaverry y los murmullos que, esporádicamente, llegaban desde La Placita. Era la semana de exámenes parciales y la mayoría estaba rindiéndolos, o se preparaba para hacerlo. Entre los segundos, había quienes preferían agruparse para estudiar en cubículos, así como quienes sacaban mejor provecho de la concentración subterránea que ofrecía la biblioteca. Se estudiaba en el comedor, cuando todavía no era la hora del almuerzo (y cuando lo era también), en los salones vacíos del pabellón H e incluso en la capilla, aunque a veces se dijera maliciosamente de los que allí aparecían que demandaban de Dios milagros que solo podría traer el esfuerzo.

Ambos habían terminado sus evaluaciones y disfrutaban del sereno intervalo entre la gesta y la nota; sin embargo, no eran ajenos a ese enorme órgano que, desde sus diferentes rincones, comunicaba toda clase de emociones a través de sus latidos. Por el momento, la mayor parte se hacía entender en clave de tensión, pero de vez en

cuando se percibían pulsos triunfales de alegría o reservados quejidos de frustración. Entonces, las puertas de los salones se abrían y daban lugar a un caótico foro ambulante de respuestas e interpretaciones que pronto se extinguía por respeto a quienes serían evaluados a continuación. Esas partidas de compañeros, algunos angustiados, otros victoriosos y, los menos, indiferentes, se dispersaban luego por todo el recinto hasta que desaparecía el eco de sus discusiones.

—Creo que eligieron esas letras porque los últimos pabellones no son para actividades “académicas” —especuló Diego mientras arqueaba los dedos—. Así es más fácil diferenciarlos.

—¿Te parece que lo que hacen en La Pre no es académico? —rebatía ella, a la espera de algún gesto de terquedad—. Además, te estás olvidando del “D”, por ejemplo.

—Oye sí —concluyó, y juntos contemplaron las ventanas del pabellón en cuestión.

Aquel pequeño jardín que acogía sus pensamientos también palpitaba, aunque a un ritmo diferente, quizá porque, a pesar de su plena accesibilidad, seguía estando como escondido. En épocas que presionaban a la universidad a adaptarse a la incesante vertiginosidad de los cambios del mundo, ese espacio parecía resistirse a ser engullido por el tiempo. Tal vez por eso, sin opacar el valor de las demás áreas, se había convertido en el oasis perfecto para las meditaciones más insospechadas.

Después de todo, sesenta años no pasaban en vano y, como el árbol que les convidaba sombra, testigo parcial de semejante trayectoria, no eran pocos los elementos anónimos que confirmaban el relato de sus protagonistas.

—Entre la J y la X estamos nosotros y los que nos sucederán. Los que sentaron las bases y ya no están. La Pacífico es un universo en el que no todo es inmueble y, aunque por ahora baste el abecedario para describir su geografía, nuestros propósitos se hallarán siempre por encima de las etiquetas... Creo que ese salto es una invitación; lo demás, lo pones tú.

—Ya veo —respondió Diego después de una larga pausa—. Hoy estás inspirada.

—Así me pongo cuando vengo a la universidad.

Frank Paiva

(Facultad de Ingeniería)

Buenos días bonita

Después de idas y vueltas, me atreví a volver a salir a correr muy temprano por las calles de Piura. Después de tantas excusas como el sueño, los peligros, la ropa, el cansancio y un sin fin de otras razones, lo volví a intentar. Me levanté muy temprano y con todo el entusiasmo me dispuse a calentar antes de salir a correr.

Mi plan era salir de casa y tomar una ruta que me lleve al parque infantil de Piura para recorrer todo el centro de la ciudad, como en los viejos tiempos. Antes de iniciar mi recorrido, recordé uno de los consejos que recibí desde muy pequeño: saludar a las personas.

Inicié mi rutina, y a pocos metros de mi casa me dispuse a saludar cordialmente a señores mototaxistas que ya iniciaban labores. Ellos muy efusivos respondían a mi saludo. En el trayecto hacia el parque infantil, me encontré con diferentes tipos de personas que ya habían asaltado las calles para iniciar sus labores. Los saludaba y con cierta extrañeza me respondían el saludo.

En el parque infantil volví a encontrar a los *runners* de toda la vida y a los *fitnes* que muestran sus

bíceps, pero sobre todo a Delia, la sexagenaria dama que sale a correr todos los días acompañada de su perrito pequinés de color blanco que usa zapatillas deportivas de la marca Nike. La primera vez que vi un perro con zapatillas me causó asombro, hoy me alegré de volver a verlos.

En el trayecto volví a emocionarme al recorrer aquellas calles del centro de Piura que me traen tantos recuerdos. Volví a ser testigo del izamiento de la bandera a cargo de unos marinos pulcramente vestidos. Volví a saludar a Juancito, lustrabotas que desde temprano ofrece sus servicios a las personas que hacen cola en el Banco de Crédito. Volví a saludar a Milagros, la ama y señora de la limpieza de la plaza de Armas de Piura, quien me volvió a contagiar con su chispa y con las ganas que pone en el trabajo para llevar aliento a sus tres hijos. La primera vez que saludé a Milagros, cuatro años atrás, me respondió entre sollozos. Estaba pasando por momentos difíciles en su vida y se le estaba cruzando por la cabeza tomar ciertas decisiones radicales.

Aquella vez, después de que la saludé y me dispuse a estirar los músculos de las piernas en la plaza de Armas, se me acercó y me preguntó:

—¿Por qué me saludó, joven? Las personas pasan y pasan, y ven a los barrenderos como la última rueda de la sociedad.

—No sabía eso —respondí. Pero para responder tu pregunta, te saludé porque eres especial, porque al margen de cómo te vean o te sientas, eres especial para el de arriba. Hoy antes de salir a correr oré para que mi saludo llegase a personas especiales como tú.

Ella sonrió, me abrazó y me dijo:

—Gracias, joven, no sabe lo mucho que valoro que me haya saludado.

Muchos días después, me comentó que gracias a ese saludo había renunciado a la misión que su mente le había propuesto: terminar con su vida.

A veces no somos conscientes de cómo un simple saludo puede significar mucho para los que nos rodean. Hoy también volví a saludar a aquella planta de flores amarillas que me sonríe cada vez que me ve por el parque infantil. Me acerqué y le susurré muy despacito:

—Buenos días, bonita.

Ángel Patricio Poma
(Facultad de Economía y Finanzas)

La mosca

Siempre las veía pasar todas las mañanas; eran sumamente asquerosas a pesar de que la casa estaba limpia. Un día, cansado de tolerar esas horrendas cosas, procedí a matarlas con mis propias manos. Su olor era repugnante; sin embargo, había logrado acabar con ellas.

En la tarde estaba estudiando literatura universal cuando de repente aparece un ser pequeño, pero igual de asqueroso que las de la mañana; no tenía ganas de usar ningún zapato para matarla, así que utilicé un aerosol contra insectos con el objetivo de terminar de una vez por todas con lo que tanto me irritaba. El aerosol hizo su trabajo y yo seguí con el mío.

En la noche, cuando ya estaba a punto de irme a dormir, me di cuenta de que habían regresado de una manera más discreta que la de la tarde: me sorprendió el hecho de que por más esfuerzos que hiciera, siempre volvían y de una forma más pequeña. Me dio curiosidad y empecé a ver por dónde salían: me llevé la sorpresa de que había un hueco debajo de mi cama. Era algo raro porque cuando compré el departamento me dijeron que

solo había vivido alguien antes que yo, y por ello pensé que era prácticamente nuevo.

Al día siguiente en la mañana seguía con la curiosidad de qué había en ese hueco, de modo que moví mi cama y con una palanca de hierro que tenía en mi caja de herramientas abrí por completo el hueco del piso. Cuando vi lo que había me dieron ganas de vomitar: era absolutamente asqueroso y muy abrumador. Llamé a la policía y cuando vinieron estaban sumamente aterrados: lo que había encontrado era algo que nunca pensé ver.

Había encontrado el cuerpo del antiguo propietario del departamento. Siempre estuve durmiendo encima de él.

Sandra Valdez

(Facultad de Ciencias Empresariales)

La casa de Amanda

Al despertar, Amanda ya había decidido que ese día se pondría un vestido de gala. No era su cumpleaños, tampoco alguna festividad particular, pero ese jueves cualquiera ella sintió la necesidad de usar lentejuelas. Sumergirse en su armario fue lo primero que hizo al salir de la cama, y entre montones de ropa lo encontró. Era un vestido largo rosado fuerte que daba a su cuerpo la forma de una sirena. Brillaba como una bola disco debido al reflejo de la luz en las lentejuelas. Tenía unos guantes largos que combinaban, se los puso y se sintió como una princesa. No hacía falta que se mirase al espejo para saber que se veía perfecta. En su armario había miles de zapatos, tantos como para llenar una piscina olímpica. En su mente había visualizado los indicados: unos tacones plateados con mariposas de colores en sus respectivas puntas. Los buscó por horas, pero solo encontró uno de los dos. La desaparición del zapato la extrañó, pero como había decidido que ese día simplemente se quedaría en casa, no invirtió más esfuerzo en buscarlo y se quedó descalza.

Bajó a desayunar a la cocina. Su refrigerador estaba reventando. Había un pavo entero, listo para la celebración de Navidad. También una caja de

donuts, y botellas de jugo de naranja y fresa, además de mucha fruta fresca. Amanda miró de arriba abajo, pero nada le provocaba. En su horno tenía un pastel ya decorado, pero tampoco sentía muchas ganas de comer eso. Entonces decidió sacar uno de sus libros de recetas y probar algo nuevo. Tomó un libro del estante y lo abrió en una página en blanco. Perfecto, eso mismo prepararía.

Cuando estaba terminando de desayunar, una amiga tocó la puerta. Era Verónica, quien llegaba con una gran sonrisa en el rostro. Como si hubiesen estado conectadas por telepatía, ella también llevaba un deslumbrante vestido. El suyo era de color verde agua, con una falda esponjosa pero fluida que le daba una apariencia etérea. Se veía como una diosa griega, aunque mucho más brillante.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Amanda.

—He decidido que celebraremos una fiesta en tu casa —respondió Verónica mientras levantaba los brazos llena de emoción.

—¡Eso suena fantástico! —exclamó la chica.

Juntas las dos amigas hicieron una larga lista de invitados: básicamente todas las personas que conocían menos Cristina, quien no era del agrado de la mayoría. Era más bajita, y usaba un excéntrico maquillaje que hacía ver sus labios y sus ojos como si fuesen enormes. Su estilo de moda era más atrevido y rayaba en lo vulgar. No tenía que decir o hacer nada. Su simple forma de caminar

emitía un aire de superioridad que todos los demás consideraban intolerable.

Esa tarde los invitados llegaron con los más excéntricos vestidos, algunos con plumas, escarcha, tul o volantes. La música era tan fuerte que las paredes vibraban. Todos tenían fijada en el rostro una sonrisa permanente. Sin duda estaban pasando un buen rato. De tanto bailar, el vestido de Amanda se rompió. Sin alterar su sonrisa, subió a su habitación para cambiarse. Esta vez eligió un vestido púrpura con escarcha y mangas esponjosas. Al terminar de vestirse oyó unos extraños ruidos en su ventana. Se asomó a ver de qué se trataba. Era su novio, Martín, que había trepado por las enredaderas. Se sentó en el filo de la ventana con un ramo de rosas y le pidió que bajara porque tenía una sorpresa para ella. Amanda ató las sábanas de su cama para formar una especie de sogas y descendió por la ventana como si flotara. En su jardín la esperaban cinco cachorros de Golden Retriever.

—Son para ti —dijo Martín.

—Qué gesto más romántico —respondió ella. Sin embargo, no pudo dejar de pensar que el sonido que había escuchado por la ventana no venía de los pasos de Martín sobre la enredadera.

Todo era perfecto. Era una noche ideal, hasta que todo cambió. A pesar de la fuerte música, se oyeron desesperados golpes en la puerta. Primero se

confundieron con la vibración del sonido, pero luego fue evidente que había alguien al otro lado. La música paró y todos se miraron confundidos. No faltaba nadie en la casa. Todos los que tenían que estar ahí estaban allí. Los golpes en la puerta no paraban. Amanda fue a abrir. Del otro lado de la puerta se encontraba Cristina. Estaba parada desnuda y temblaba. Usualmente planchado, su cabello se había vuelto una bola de friz. Su aire de superioridad se había esfumado y solo quedaban los restos de una persona indefensa. Y quizás lo más importante: le faltaba un brazo. Martín casi se desmaya al verla.

—¡No salgan de la casa! —gritó Cristina—. No salgan —como un eco repitió.

Los invitados, que hacía unos segundos estaban en silencio absoluto, llenaron la sala de murmullos. Amanda y Verónica la llevaron al cuarto de baño, lejos del resto. La metieron a la tina y entre las dos trataron de peinar su cabello. Se había vuelto un enjambre de nudos.

—¿Qué sucedió? —intentó preguntarle Amanda con preocupación.

—No salgan —volvió a repetir Cristina.

Amanda le prestó un vestido que le quedó grande. Como no paraba de temblar, la metió en la cama con ayuda de Verónica. Ahí se quedó profundamente dormida, después del fuerte shock

que había sufrido. Ninguna lo quería admitir, pero se encontraban terriblemente asustadas. En el salón donde transcurría la fiesta, todos estaban a la expectativa de una explicación.

—No sucede nada, que continúe la fiesta —exclamó Verónica alegre.

La música volvió y los invitados continuaron bailando con sus imborrables sonrisas y exuberantes vestidos. Uno de los invitados decidió regresar a su casa más temprano de lo planeado, pues se acordó de que había dejado un bizcocho en el horno. Al verlo partir, Amanda sintió escalofríos pues recordó la advertencia de Cristina. Pero alejó ese pensamiento de su mente y llegó a la conclusión de que Cristina solo había querido estropear la fiesta debido a que no había sido invitada. Para el brazo ausente Amanda no tenía una explicación.

Un momento después se volvieron a oír golpes en la puerta. Esta vez Verónica fue a abrir pensando que sería el invitado que regresaba tras haber comprobado el buen estado de su bizcocho. Al ver quién estaba al otro lado, cerró la puerta de golpe y soltó un espantoso grito. Martín abrió la puerta nuevamente, pero solo un poco para ver qué había asustado tanto a la chica. Verónica no se equivocaba: era ese mismo invitado, pero le hacía falta su cabeza. Martín esta vez sí se desmayó. El

invitado acéfalo aprovechó la oportunidad para entrar y esconderse debajo de un sillón.

Para ese punto todo había quedado claro: nadie debía salir de la casa. Amanda no sabía cuál era el peligro que los acechaba y ninguna de las víctimas podía contar lo sucedido. Por seguridad apagaron las luces y pararon la música. Todos intentaron ocultarse como si fuese un juego de escondidas, pero no sabían quién los estaba buscando. Los nuevos cachorros de Amanda lloraban asustados. Uno de ellos salió huyendo de la casa por los nervios. Ella trató de detenerlo, pero el cachorro fue más rápido y salió por una ventana entreabierta.

Al cabo de un tiempo, se oyeron unas patitas que raspaban la puerta. Amanda ya podía presentir lo que le esperaba. Cerró los ojos mientras abría la puerta para evitar ver al cachorro que se arrastraba con medio cuerpo, sin las patas traseras ni la cola. Los invitados soltaron pequeños gritos al ver a la herida criatura.

El miedo los había convertido en rehenes. No sabían cuánto tiempo estarían como prisioneros en casa de Amanda; tampoco eran conscientes de cuánto tiempo había transcurrido. De pronto, sintieron que la casa empezaba a temblar, como si se tratase de un terremoto de enorme magnitud. Luego se dieron cuenta de que se deslizaba hacia un lado. Así la casa terminó por caerse del estante en el que estaba. Se estrelló contra el suelo y se

hizo trizas. El hermanito menor de una niña llamada Amanda había crecido lo suficiente para poder alcanzar su casa de muñecas. Ni bien tuvo la oportunidad, aprovechó para destruirla. La casa y todos los juguetes que se encontraban dentro.

Tercera Sección

Artículo de opinión

Ana Sofía Buendía
(Facultad de Ingeniería)

**¿Son adecuados
los exámenes actuales de admisión?**

A inicios y a mediados de año se llevan a cabo la mayor parte de los exámenes de admisión a distintas universidades en el Perú. El examen de opción múltiple, llamado también “para marcar”, es el principal método de evaluación. Este definirá por orden de mérito, y sobre la base del puntaje obtenido, si el postulante alcanzó o no una vacante. Frente a esta realidad surgen dos posturas: según algunos este método de admisión es adecuado; para otros es necesario cambiarlo. Si bien pueden parecer antagónicas, es importante recalcar que ambas posturas responden a un mismo objetivo. En efecto, en ambos casos se trata de contar con un filtro de los postulantes que garantice el ingreso de los mejores talentos a las universidades del país.

Hay quienes argumentan que el sistema de evaluación actual, el examen “para marcar”, es el más adecuado, pues evalúa de manera justa y equitativa a todos los postulantes debido a que la prueba es la misma para todos. Además, se sostiene que permite responder a la gran demanda de los postulantes. Su aplicación es, pues, muy viable, sobre todo para las universidades públicas cuya oferta de vacantes por carrera es limitada respecto

de la alta demanda. Al ofrecer una educación superior gratuita y recibir muchos más postulantes de lo estimado, se genera una mayor competencia durante el proceso de admisión. Por ello, dichas universidades optan por el método actual, ya que les permite evaluar en corto tiempo, y de manera igualitaria, a todos los postulantes. Se pretende garantizar que, mediante un examen de conocimientos riguroso y objetivo, solo los mejores accedan a una vacante. Asimismo, como los temas de la evaluación son variados, se busca orientar a los postulantes seleccionados a ser profesionales que, además de su carrera, tengan una mirada de conjunto con conocimientos de diversos ámbitos. Por lo tanto, este método garantizaría el ingreso de postulantes que tengan un dominio integral de todas las materias, incluso si dichas materias no tienen una relación directa con su especialidad, como es el caso de quienes desean ingresar a una carrera de humanidades, pero deben tener conocimientos en ciencias.

Ahora bien, a pesar de las razones mencionadas, consideramos que los exámenes “para marcar” no son los más adecuados para determinar el ingreso a la universidad. Por un lado, la educación brindada en el colegio no permite alcanzar el nivel de los exámenes de admisión. Este es el caso del examen de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el cual consta de cien preguntas de opción múltiple, y para el que los postulantes deben prepararse en dieciocho cursos entre humanidades, ciencias e

inglés. Por ello, muchos estudiantes recurren a las asesorías o al apoyo de academias preuniversitarias, en las que tienen que aprender todo lo que no pudieron en sus años escolares. Esto hace que no se centren en interiorizar lo aprendido sino en un aprendizaje memorístico, pues tienen mucho que aprender y poco tiempo para prepararse y postular. Esto, claro, siempre y cuando cuenten con el apoyo económico para matricularse en una academia y con el tiempo necesario para prepararse. Además, tristemente, incluso si el postulante aprobase el examen, no tendría garantizado el ingreso, pues al ser limitadas, las vacantes son otorgadas por orden de mérito.

Por otro lado, dado que la dimensión interactiva está completamente ausente, no se puede llegar a conocer al postulante: no se sabe nada de sus logros obtenidos, su desempeño en el colegio, su conducta, sus aspiraciones e intereses. En efecto, los exámenes actuales evalúan la memoria: quién recuerda más las fórmulas y ciertos datos. Esto es importante en la evaluación de los conocimientos, ciertamente, pero se están dejando de lado la historia, así como otro tipo de habilidades. Resultaría injusto juzgar a alguien solo por su rendimiento en un examen, sin tener en cuenta sus otros logros y competencias. Ejemplos de una evaluación integral existen en universidades internacionales, como en la Universidad de Harvard, donde para admitir a los postulantes evalúan su rendimiento en la escuela, las cartas de

recomendación, la redacción de ensayos y, en algunos casos, las entrevistas con alguna autoridad de la universidad. Por lo demás, este método de evaluación también existe en nuestro contexto, ya que algunas universidades peruanas han implementado modalidades de admisión que incluyen, además del clásico examen de conocimientos, la redacción de un ensayo y entrevistas personales. De esta manera, la decisión de admitir o no al postulante toma en cuenta, por ejemplo, sus calificaciones en el colegio, sus actividades extracurriculares y los proyectos profesionales que le gustaría desarrollar en el futuro.

En conclusión, si bien no descartamos el examen de opción múltiple como medio para evaluar a los alumnos, planteamos que este se debe complementar con entrevistas o con la redacción de ensayos breves que permitan conocer de manera más integral la historia académica y las habilidades del postulante. De esa forma llevaremos a cabo un proceso de admisión mucho más justo, completo y certero. Sabemos que no es una tarea sencilla. Pero la educación es el futuro de un país y no debemos escatimar esfuerzos en ese sentido.

Ethan Calcina

(Facultad de Economía y Finanzas)

El autor del futuro, “AI Generated”

A medida que la inteligencia artificial se inmiscuye cada vez más en la industria del periodismo, ¿quizá veremos pronto noticias firmadas por “AI Generated” en lugar de leer “Escrito por ...”?

A principios de julio de este año se concretó una alianza que podría marcar un hito en la historia del periodismo. El gigante de las noticias Associated Press (AP), agencia presente en más de 120 países, se unió a OpenAI, la empresa que está en el origen del desarrollo de la inteligencia artificial ChatGPT. Esta colaboración entre dos líderes de sus respectivas industrias plantea muchas dudas sobre el futuro de la profesión periodística.

Desde su lanzamiento, a finales del año 2022, habían resaltado las noticias acerca de empresas que rechazaban el uso de esta IA, como JP Morgan, que prohibió su uso ante el repentino aumento de empleados que la empleaban en sus tareas diarias. Sin embargo, AP ha decidido ver esta tecnología como una oportunidad para crecer, y no como una amenaza.

Pero, ¿qué supone esta alianza? OpenAI obtendrá acceso al vasto archivo digital de noticias de AP,

que abarca más de treinta años de la historia de la humanidad. Esto incluye los eventos más trascendentales de las últimas décadas, tales como la caída de la Unión Soviética, los sucesos del 11 de septiembre, la crisis financiera de 2008, entre otros. A primera vista, uno podría no entender el propósito, puesto que estos eventos son de conocimiento público. Sin embargo, el objetivo de OpenAI al adquirir esta base de datos consiste en entrenar a sus algoritmos para que redacten noticias con la misma calidad con la que lo haría un periodista real.

Desde el lado de AP, la empresa busca aprovechar los beneficios de esta herramienta para aumentar su eficiencia operativa y, posiblemente, desarrollar nuevos productos y servicios basados en la IA generativa. Esta iniciativa plantea varias dudas, principalmente con relación a su finalidad. ¿Realmente podrá aumentar la eficiencia con la que los periodistas realizan su trabajo? ¿Podría la IA reemplazar completamente la labor realizada por los periodistas?

Mi primera respuesta es “depende”. Desde una perspectiva puramente financiera, en términos de rentabilidad, contar con una IA capaz de producir noticias de manera rápida y económica en grandes cantidades podría ser muy atractivo para cualquier empresa. Ya existen varios ejemplos de portales que hacen uso de la IA para publicar noticias de otros sitios citando la fuente, mientras se benefician

de los ingresos generados por la publicidad. Uno de ellos es MSN News de Microsoft, empresa que por cierto ha invertido masivas cantidades de recursos en OpenAI.

A su vez, tenemos una enorme cantidad de agencias que diariamente publican un número desmedido de noticias que parecen ser simplemente un burdo parafraseo de otras. Siendo un entusiasta de la tecnología, me molesta ver cómo ciertos medios realizan un intento mediocre por publicar noticias sobre “tecnología”, que en realidad no son más que resúmenes de la descripción del producto según su página oficial. Es precisamente este tipo de periodismo el que considero que podría ser fácilmente reemplazado por una IA.

Por supuesto, todo esto queda sujeto a la calidad de redacción que las IA nos podrán proporcionar en un futuro. Sin embargo, con la creciente cantidad de noticias sobre cómo ChatGPT termina promoviendo la cultura de la desinformación, es evidente que aún estamos lejos de alcanzar un punto en el que las IA puedan reemplazar completamente a los periodistas.

Además, es importante recordar la dimensión humana. Esta herramienta está aún muy lejos de suplir el tono cálido, sarcástico y, a veces, irreverente que tiene un buen periodista. Se trata de la manera como, al leer un artículo, el lector no solo recoge información sobre el tema del que se

trata, sino que sigue el hilo argumentativo y el estilo del autor. Esto constituye un importante elemento que entretiene, despierta la curiosidad y permite llegar al final de la nota. Es, en realidad, lo que un buen periodista hace.

El hecho de que la IA esté empezando a inmiscuirse en la industria del periodismo no debería causar temor a nadie. Llegó para quedarse, y lo está haciendo en todos los niveles: desde AP con su alianza para poder añadir valor a su empresa, hasta cualquier estudiante que utiliza esta herramienta en su vida cotidiana. Personalmente, uso ChatGPT a diario para darle un carácter más profesional a mis correos, así como para recopilar mucha información de manera concisa.

En todo caso, la pregunta que debemos hacernos no es si la IA puede reemplazar al periodismo, sino cómo puede contribuir con dicha industria. Como señala Nicholas Carlson, la cuestión ya no es si debemos o no adoptar esta tecnología: “viene un tsunami”, y “podemos subirnos a él o ser arrastrados. Pero será realmente divertido surfearlo y nos hará más rápidos y mejores”. La iniciativa de AP de proporcionar a OpenAI las publicaciones de sus periodistas puede ser un paso significativo hacia el desarrollo de una IA cada vez más humana. Sin embargo, la pregunta sobre si las IA podrán reemplazar por completo a estos autores no tienen aún respuesta definitiva.

En última instancia, habiendo avanzado tanto la tecnología solo nos queda celebrar este avance y la contribución que realiza al mundo moderno. Si bien la IA ya ha penetrado en la industria, y parece que tomará cada vez más relevancia, el fundamento del periodismo seguirá siendo la dimensión humana que se expresa en la capacidad para contar historias y argumentar a favor o en contra de determinada postura de manera singular y cautivadora. Entonces, ¿veremos algún día un artículo firmado por “AI Generated”, en lugar de ver, por ejemplo, “Alberto Vergara”? Solo el tiempo lo dirá.

Manuel Enríquez

(Facultad de Economía y Finanzas)

La mano dura

El “éxito” del plan de Nayib Bukele, el nuevo caudillo de la postmodernidad latinoamericana, ha atizado la disconformidad respecto de la aplicación de la mano dura en los países hispanos. La endeble institucionalidad, así como las acentuadas desigualdades e injusticias han despertado un sentimiento de rebeldía entre los millennials latinoamericanos, a quienes —según la encuesta Latinobarómetro realizada a inicios de año— no les importaría vivir bajo un régimen autoritario si este fuese capaz de resolver los males que aquejan a sus sociedades. Renunciar a la libertad, característica inherente a la existencia humana, para obtener una misérrima recompensa en seguridad es la tentación que hoy seduce a los ciudadanos de a pie.

La mano dura no nos liberará. Nos someterá. No debería sorprendernos que ningún país desarrollado (salvo Singapur) haya aplicado un “plan Bukele”. La evidencia empírica sugiere que las políticas públicas eficientes, la preservación de los valores democráticos, la justicia, la defensa de las libertades y la promoción del libre mercado juegan un rol clave en la erradicación de los males que acarrear la pobreza estructural y la delincuencia. En otras palabras, una pueril declaración de estado

de emergencia no garantiza la seguridad de los ciudadanos; por el contrario, solo restringe sus libertades, que ya están *per se* restringidas. Aquello es insostenible a largo plazo.

Los autoritarismos, por su parte, solo han sabido denostar la memoria de sus disidentes, opositores y críticos, vanagloriarse por la aplicación de reformas de primera generación, la aplicación de la mano dura, y, ocasionalmente, la erradicación de grupos terroristas. Que el pisoteo de la dignidad humana y la libertad sea adulado por muchos es la más prístina confirmación de nuestra decadencia. Es inaceptable que no hayamos aprendido nada. Las personas que han sufrido los estragos del autoritarismo, que lo han conocido de cerca, (y también aquellos que no lo conocen) deberían, en lugar de justificar las violaciones a los derechos humanos y las acciones de los dictadores, luchar para que nunca más las atrocidades que otrora fueron cometidas se sigan perpetrando. Permitir que la mano dura nos someta sería una afrenta a la memoria de todos aquellos que lucharon por que fuésemos libres. José Ortega y Gasset nos advertía ya hace cien años: “hemos perdido todo respeto, toda atención hacia el pasado [...] de aquí que nos encontremos en una época que no reconoce en nada pretérito posible modelo o norma”.

No habremos superado la “minoría de edad” kantiana mientras nos mostremos incapaces de cuestionar y criticar los discursos de la mano dura.

Esta tendría que ser definida, entonces, como la negación de la libertad individual ante la “minoría de edad” del gobierno y de quienes lo conforman, ante —mejor no lo pudo haber dicho Ortega— la sorpresa de la conciencia de no saber qué pasará mañana. La aplicación de tal mano dura devendría en un secuestro del poder que haría todopoderoso y omnipotente al gobierno —cómo está acaeciendo en El Salvador. Hay en el mundo suficientes ejemplos de la barbarie que trae consigo la descontrolada acumulación de poder por parte de determinados grupos. ¿Deberíamos acaso volver a dicha barbarie?

La victoria sobre el autoritarismo y el discurso de la mano dura solo será posible si defendemos nuestras libertades, si honramos la memoria, si superamos la “minoría de edad”, y si participamos seriamente en política. El compromiso de nuestra generación y el de las próximas por defender la institucionalidad, combatir la desigualdad estructural y hacer del Perú un país más justo requerirá de personas briosas, valientes y, sobre todo, libres. No podemos caer de nuevo en la barbarie autoritaria. Mas parece que muchos de nosotros estamos tan ansiosos de entregar nuestra libertad como nuestros ancestros lo estuvieron de luchar por ella. ¿Por qué, entonces, negamos nuestra libertad? Como respondería Albert Camus: quizá porque el ser humano es la única criatura que se niega a ser lo que es.